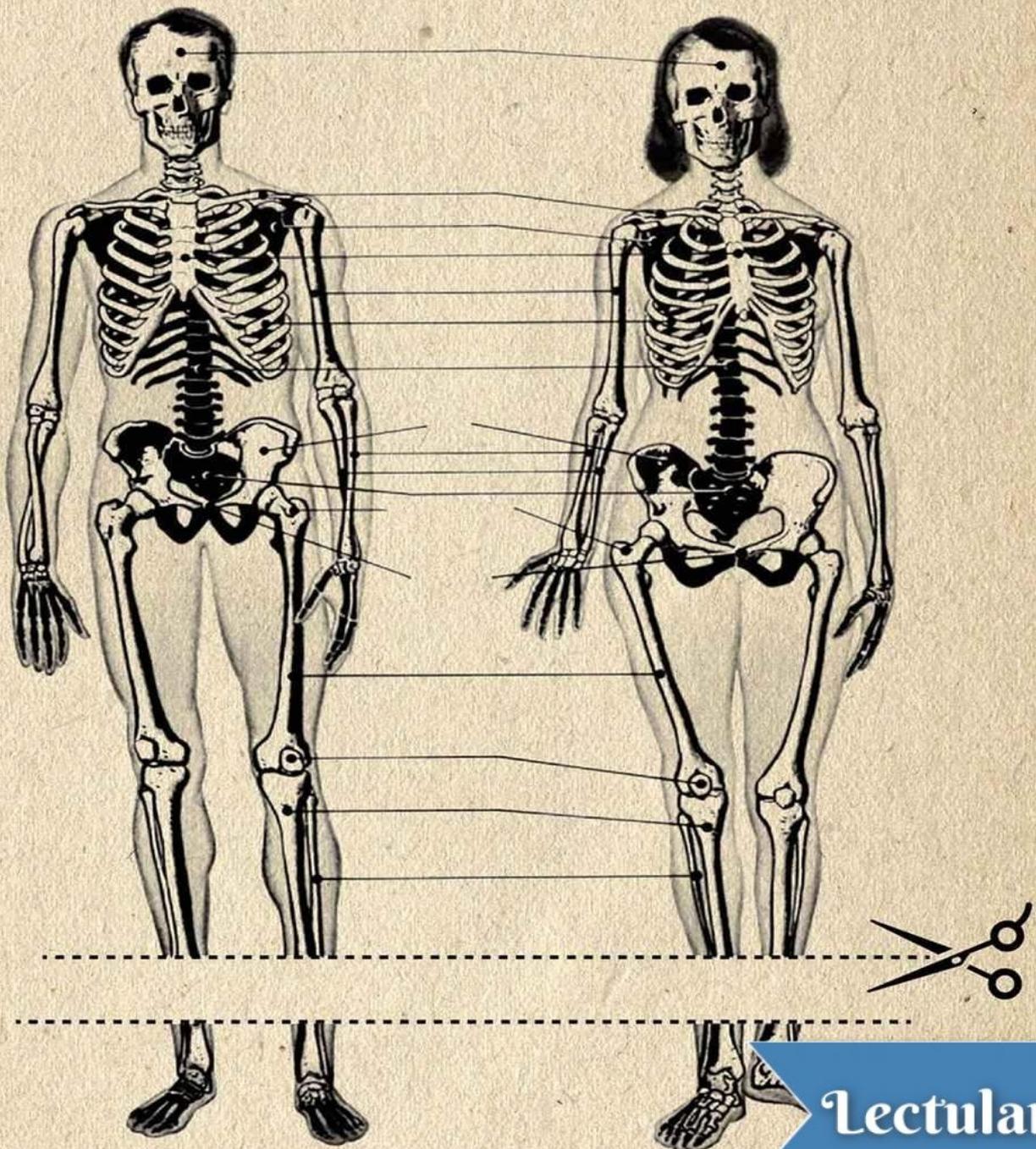


CÉSAR AIRA

Un sueño
realizado



Lectulandia

A sus cincuenta años, el narrador de esta historia se reencuentra con una mujer amada desde la juventud, que hasta entonces había permanecido como «un amor platónico, a distancia, un amor imposible». De pronto, como en los cuentos de hadas, todo se precipita y lo que antes era una empresa superior a las fuerzas del protagonista — experto consumado en postergar sus deseos— se vuelve fácil, casi automático. Sin embargo, la separación ha sido larga y el pasado acecha. En el caso de él hay una historia de delincuencia y una complicada relación sentimental. En el de ella, una vida entera de sacrificios y dos matrimonios desafortunados. Pero, como afirma el narrador, ¿quién dijo que sería fácil?

Lectulandia

César Aira

Un sueño realizado

ePub r1.0

lenny 05.11.2018

Título original: *Un sueño realizado*

César Aira, 2001

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Editor digital: lenny

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Un sueño realizado

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Sobre el autor

Como casi todos mis contemporáneos, sufro dolores de cabeza, pero más seguido. En realidad no tanto: a veces paso semanas, meses, hasta diría: años, completamente olvidado de que tengo un cráneo. Pero cuando me dan, ¡qué molestos son! Tampoco es que sean un tormento insoportable, para gritar y retorcerme agarrándome las sienes con las dos manos: si quiero puedo disimularlo y nadie se da cuenta. Es un dolor sordo, apenas por encima del umbral en que algo se hace notar, pero justamente: se hace notar, y eso le basta para ocupar toda mi conciencia. La aspirina no siempre es un remedio (a veces sí) y además no me cae bien.

En fin, qué importancia tiene. A quién le importa. Iba a esto: he inventado un remedio sencillo y natural para el dolor de cabeza, que a mí me da resultado. A los demás no sé, nadie lo probó nunca, no creo que les sirva, es demasiado personal, viene desde el fondo de mi personalidad y de mis antecedentes, y habría que encontrar a alguien demasiado parecido a mí para hacer una prueba medianamente objetiva. Para decir la verdad, no sé si da resultado. Puedo engañarme sin querer; sería muy propio de mí. Además, no sufro dolor de cabeza todos los días, ni a intervalos fijos, como sería todos los jueves, de modo que es imposible experimentar con un mínimo de rigor. Me dan de vez en cuando, por sorpresa, y aplico mi remedio prodigioso sólo si me acuerdo, y si se da la oportunidad. Y no siempre me acuerdo de verificar, después, si sirvió para algo; la índole misma del remedio propicia esta distracción. Cuando me quiero acordar estoy pensando en otra cosa, he estado pensando en otras cosas durante horas, y si mi dolor de cabeza se fue (siempre se va, a la larga), ¿cómo saber si fue por esto o por aquello, o por la mera acción del tiempo?

En fin, en fin, en fin. Ya que me puse, voy a decirlo, aunque no sirva para nada. Aquí voy. La cura que inventé consiste en contarme una historia a mí mismo; en el pensamiento, no en voz alta. Con todos los detalles, del principio al fin, como si se la contara a alguien atento e interesado en saber qué pasó. No se me oculta que el único interesado soy yo, que además ya conozco la historia. También sé que, dentro de lo irracional del procedimiento, lo racional sería inventar una historia nueva, improvisar, lanzarme a la aventura; no porque sea más creativo (qué me importa la «creatividad»: no comulgo con esas supersticiones modernistas) sino porque sería más entretenido, me haría olvidar del dolor de cabeza, etc. Pero la verdad es que me causan más placer las historias que ya conozco, y hasta las que me he contado decenas de veces; suelo tener mis favoritas, aunque no me eternizo en ellas. No las he inventado yo: las saco de la televisión, de los diarios, de conversaciones que he tenido o he oído por ahí. Hay tantas circulando que nunca me faltarán. Mi acto creativo está en la elección, y secundariamente en el pulido que le voy dando en sucesivas «emisiones»; como todo

es imaginario, también puedo imaginar mi eficacia de narrador. Si no las invento es porque no se me ocurren ni se me ocurrirían jamás. De todos modos la realidad es más rica que la fantasía más exuberante, y recuperar historias que otros olvidan o desdeñan es colaborar con la economía general de la sociedad, así sea en un acto tan privado y secreto como el mío.

Me las cuento dando una caminata por las calles del barrio, pero también sentado en un sillón o tirado en la cama. Lo ideal es hacerlo caminando, porque me aísla más y puedo ir del principio al fin de la más larga y complicada anécdota sin una sola interrupción. Es claro que en ese caso se podría decir que lo que me calma el dolor de cabeza es el ejercicio, el oxígeno, etc. Puede ser. Quién sabe. Debo decir que estos cuentos me los cuento también cuando no me duele la cabeza, y si lo hago es simplemente porque me gusta. Es increíble el placer que puede darme algo tan simple; a veces, de pronto, a propósito de nada, me propongo contarme una pequeña historia especialmente buena no bien esté solo y con tiempo, y la anticipación me estremece de deleite; suele suceder que al llegar el momento (y me apuro por llegar a él) me he olvidado cuál historia era. En esos casos no sirve de nada que me estruje el cerebro buscando, porque no la encuentro, tan fugaz fue la inspiración anterior, y tan mezclada con otros pensamientos; entonces tengo que contarme otra cualquiera, que quizás es la misma que me había prometido, pero enriquecida por un sentimiento de nostalgia.

A esta altura advierto que he levantado tantas restricciones que mi teoría de la cura narrativa, ya de por sí poco creíble, no se sostiene; en realidad no me proponía argumentarla, ni mucho menos recomendarla. En el caso de que fuera eficaz, lo sería sólo conmigo. Pero supongamos que funciona. Supongamos que si yo tengo un dolor de cabeza, me basta con contarme mentalmente una historia para aliviarme y quedar como nuevo.

¿Por qué sucede? Para responder debería hacer otra historia, la de las cadenas de causas y efectos que tienen lugar dentro de mi organismo, una química y una física muy precisas y complejas que, bien contadas, serían el mejor cuento de todos. Y yo de eso no sé nada. Sería el cuento perfecto, porque cada pieza se ajustaría a las otras de acuerdo con una mecánica exhaustiva, científica; y además, por desencadenarse a partir de un elemento espiritual (la historia) incluiría lo indefinido de todas las trascendencias y exterioridades, despojándolas mágicamente de su azar, poniéndolas por fin en su sitio.

Pero, como digo, al no tener una formación científica, yo no podría ni empezar a contar esta historia. No sé lo que pasa dentro del cuerpo, ni por qué pasa (es lo mismo). En cambio sí sé lo que pasa dentro de las historias, lo sé demasiado bien, por mi familiaridad de toda la vida con ellas, o por un don innato, o quizá, más probablemente, porque todo el mundo lo sabe.

Todo el mundo. ¿Cómo no iban a saberlo, si todos vivimos en una encrucijada de historias, y las historias le dan forma y dirección a la vida? Y al mismo tiempo, es

como si no fuera así. De «todo el mundo» debo excluir a uno: a mí. A mi vida las historias no la conforman ni le dan una dirección ni la afectan en absoluto (salvo que realmente me curen el dolor de cabeza, efecto miserablemente insignificante, y del que dudo cada vez más). Porque a mí las historias no me suceden, yo sólo las cuento. ¡Y se las cuento a nadie! Cuando intento contárselas a alguien lo hago mal, me embarullo, tartamudeo, me pierdo en detalles y a la vez dejo adivinar el final, aburro. Pero no lo hago nunca. No sólo por mi falta de gracia como narrador, sino sobre todo porque me he dado cuenta de que no sé historias que le interesen a nadie, a nadie más que a mí. Eso me faltaba decir: los cuentos con que tanto me complazco en mis sesiones in pectore son vulgares, necios, deprimentes, de sirvientas. Las pequeñas historias de una mente estrecha. Y afuera de esta burbuja de mediocridad están las historias de la vida, apasionadas y reales, las que les pasan a los que se atrevieron... Si fuera tan masoquista como para leer estas páginas después de escribirlas, me encontraría con un perfecto espécimen de una de mis tristes historias.

Así como no tuve la constancia y el cerebro para estudiar ciencias y saber qué mecanismos actúan en las células y las neuronas, tampoco tuve el valor de vivir y embarcarme en aventuras que ahora le dieran color y volumen a mi existencia. Y las buenas historias, las de la sangre y la piel, las del amor o el trabajo o la memoria, quedan separadas de las mías por una alta barrera de hielo, insuperable.

Y sin embargo, yo también tuve historia. No es ningún mérito, porque todos la tienen (si hay algo automático, es eso), pero que la haya tenido yo, yo el tímido, el cobarde, el hombre nada, el muerto al nacer... Que yo haya tenido historia es tan asombroso que el hecho en sí es algo digno de contar. Pero se necesitaría otro para contarlo. Si me pongo a buscar esa historia, y aunque sé que está ahí, en alguna parte, no la encuentro. Los años y las décadas se me confunden, todos iguales, áridos, mortecinos. Desde mi rutina de conformista asegurada con mil cerrojos, me resulta increíble que alguna vez hayan entrado a mi encierro las mareas salvajes de la realidad. ¿Yo viví? ¿Es posible? ¿No será una fantasía más? De algún modo la certeza vuelve, y tiene motivos para hacerlo porque lo que pasó, pasó, definitivamente. ¿Pero cuándo? ¿Cuándo bajé al infierno? Si pudiera ponerle una fecha, tendría algo de qué aferrarme... Tendría algo que decir.

En realidad, puedo. No es demasiado difícil. No tiene sentido insistir con esas coqueterías de amnésico ante el tribunal de mi conciencia. Claro que tampoco es tan fácil. Necesito embarcarme en un laborioso cálculo, que además tengo que rehacer cada vez, para llegar al momento preciso: era el año 1971, y yo tenía veintidós años, cuando fui a parar a la cárcel. Ir preso es como caer en el tiempo, a otra era histórica, a otro estadio de la civilización, muy anterior, muy superado. Es parecido a cuando uno se pregunta cómo se las arreglarían antes, sin electricidad, sin agua corriente, sin autos, sin televisión: y se responde que los habitantes del pasado no sabían que esas cosas iban a existir, y entonces no las añoraban; estaban adaptados a lo que tenían, eran eso y nada más. Al preso no le resulta tan fácil. A él lo precipitan al pasado sin adaptación, que por otra parte sería imposible porque la adaptación, o la evolución, es un proceso que sucede sólo en el presente, fuera del presente siempre será una ficción, y al preso lo primero que hacen es arrancarlo del presente.

Para empezar, me pegaron. Un policía negro y gordo me agarró a sopapos por un motivo que a mí se me escapaba. En cierto modo, podía decirse que lo hacía con buenas intenciones. Yo tenía que aprender a hablar un idioma que desconocía, necesitaba un curso acelerado. ¡No había tiempo que perder! Ese mismo día, o el siguiente, tendría que construir mi casa, procurarme comida, hacer negocios, combatir, «procrear» (lograr la supervivencia de mi especie individual)... ¡Y yo no sabía cómo se hacía nada de eso! ¡Estaba en un mundo extraño! Claro que a cachetazos no parecía que fuera a aprender nada, al contrario: por lo pronto revertí a una anomia idiotizada, y empecé a no saber quién era, dónde estaba, cómo se pensaba. Justamente, me pegó porque yo había esbozado, casi sin quererlo, un atisbo de pensamiento. Cuando me dieron para firmar una supuesta declaración mía (sin que yo hubiera declarado nada, porque no había abierto la boca desde la detención),

después de obligarme a leerla, sugerí, con las imaginables precauciones, la posibilidad de abstenerme. Ese escrito era de una bajeza suprema. Imposible saber quién era el autor; yo había visto a un agente sentado a la máquina de escribir, pero me pareció que copiaba algo; quizás era una plantilla que usaban para todos cambiando los detalles circunstanciales. No estaba en primera persona pero de todos modos lo ponían en mi boca con la fórmula «el infrascrito declara que». Y para mi inmensa sorpresa, lo que «yo» declaraba era una completa exculpación, mentirosa a todas luces, torpe en su abyección infantil, descargando toda la responsabilidad sobre mi compañero. Si hubiera sido al revés la habría firmado sin vacilar, y hasta con cierta satisfacción, aun sabiendo o temiendo que me costara diez años más de cárcel. Culparme o no culparme me daba lo mismo, porque me habían agarrado in fraganti y sabía que no tenía escapatoria. Pero firmar una acusación tan rastrea e inútil contra el otro me hizo retroceder de pavor, espantado dentro del espanto. No tanto por el honor como por simple cálculo de miedo: el otro me mataría no bien saliéramos. Este cálculo fue el barrunto de pensamiento por el que fui vapuleado. No necesité formularlo: la yuta lo olió de lejos, y llovieron los sopapos. A partir de ahí ya no me quedó tiempo de pensar más: en el instante previo me había preguntado en qué mente retorcida podía haber cabido la idea de esa declaración. Si me iban a hacer firmar cualquier cosa, ¿por qué no una confesión en regla, simple y directa? ¿Por qué ese «fue llevado con engaños», «toda la planificación corrió por cuenta del otro», «el otro insistió en seguir adelante cuando el infrascrito quiso retirarse al comprender que era un hecho delictuoso», etc.? ¿O había leído mal? Hay que tener en cuenta que todo estaba escrito en tercera persona, en dos terceras personas porque éramos dos, y una de las dos yo la traducía por la primera... Pero no, no había leído mal. Era así. Después supe que siempre empleaban ese truco para verosimilizar las declaraciones ante el juez y asegurarse de parte de este una antipatía extra por criminales que encima eran tan hijos de puta entre ellos. Claro que los jueces ya no pisaban el palito, tan repetida era la maniobra; lo que no impidió que a nosotros dos nos dieran el máximo de pena previsto por el Código.

Sea como sea, cuando empezaron los golpes todos estos razonamientos se terminaron. A mí nadie me había pegado en mi vida, creo que ni siquiera de chico, yo había terminado por creer que eso a mí no podía pasarme. De ahí que cuando ese policía gordo empezó a sopapearme, me hiciera la siguiente composición de lugar: esos golpes eran «simbólicos». Quiero decir, eran reales, penosamente reales, pero su realidad era simbólica, tenía un objetivo psicológico: amedrentarme, humillarme, degradarme, para lograr un resultado también simbólico: que firmara la declaración inventada. Firmé. Ya había firmado, con el primer cachetazo. Si el cana me seguía pegando era porque le gustaba, porque era un sádico. O quizá no: le gustaba mi reacción abyecta, mi temblor, mi pánico. Es decir, de un modo u otro seguíamos en el campo simbólico. Como estaba girando a mi alrededor (yo estaba sentado), algunos de los sopapos me los propinaba en la nuca... De pronto sentí que no todos eran

sopapos; algunos eran descargados con el puño cerrado, con los nudillos. Les di el nombre que les correspondía: «coscorrónes», que es una palabra familiar, infantil, tranquilizadora en tanto la cosa en sí era eminentemente simbólica: eran una humillación extra, para devolverme a la infancia... Yo me aferraba a esa comedia interior... Hasta que ya no pude seguir ocultándome que eran trompadas. Una me hizo salir volando de la silla y caer boca abajo en el piso. Y ahí fueron patadas, dos o tres.

¿Pero por qué me pegaban? O mejor dicho, ¿por qué me pegaban a mí? ¿Era a mí, realmente? Si había dejado de pensar, no podía decirse que el hilo de mi identidad no se hubiera cortado. Y sin embargo, seguía siendo yo. Con el desfase que llevaba, empezaba a darme cuenta de algo que venía sucediendo desde hacía unos minutos, desde que había firmado la declaración: me despreciaban por traidor, me castigaban por odio y desprecio al delator... Aun en el infierno hay un código de honor, y ellos lo respetaban... ¡Pero si esa declaración había sido un invento de ellos! ¡A mí jamás se me habría ocurrido! La había firmado obligado, y obligado justamente por ellos. Era como si se creyeran su propia ficción. Todo lo habían inventado ellos, y ahora reaccionaban escandalizados, como si no pudieran creer en tanta bajeza...

—¡Tomá, sorete! —Una patada en los riñones—. ¡Esto en anticipo de lo que te va a hacer tu socio cuando te agarre!

Pero ellos habían inventado esa maniobra... Aunque es cierto que el que había firmado era yo.

Bien podría haber pensado: «Esto no está pasando. Lo estoy soñando». Pero ellos me estaban enseñando a no pensar. Por lo menos a no pensar en el presente. En el futuro, por ejemplo ahora mientras escribo esto, se me podría ocurrir que había tenido un suplemento de mala suerte al caer preso en aquel entonces (en el pasado) cuando el periodismo vigilaba menos las instituciones y la policía hacía lo que quería con los detenidos. Pero es un razonamiento falso, como todos los demás. La realidad no se ajusta a ellos, al contrario, se ocupa de desmentirlos. Ya entonces lo estaba haciendo, sin parar, acumulando de tal modo los desmentidos que no cabían en el tiempo y se superponían, se hacían simultáneos. Por ejemplo, en ese momento en que yo seguía en el piso el policía gordo me dio una patada en la cabeza... No quiero decir que me haya rozado la cabeza con el pie, o que una patada me dio en la cabeza por casualidad: no, apuntó, se puso en posición, y shoteó con mi zapallo, metió un gol desde afuera del área, o la tiró al córner. Si subsistía alguna duda, quedó claro con la segunda patada. Curioso que mi cráneo resistiera a esos campanazos. ¿En qué mundo se le dan patadas en la cabeza a la gente? Eso ya de por sí habría bastado... Con una habría sido suficiente. Pero volvía a ponerse en posición... Por la punta del zapato negro fluían sus cien kilos de peso... Yo que nunca supe nada de fútbol, creía saber que no estaba bien visto pegarle a la pelota de puntín, que iba contra las reglas no escritas. Pero aunque así fuera, ¿quién se va a atener a las reglas del *fair play* cuando hay mucho en juego, cuando de un gol depende la clasificación y quizá todo el futuro

de un club? Si ese gol sólo se puede meter de puntín, y van uno a uno, y falta un minuto para el pitazo final, el jugador va a patear de puntín, pónganle la firma. Lo mío no era un partido de fútbol (y no quedaba un minuto de juego: quedaban cinco años), pero la metáfora futbolera ha invadido la sociedad y todo se lo entiende a través de ella, o no se entiende; por eso odio tanto el fútbol.

Mi caos mental aumentaba todo el tiempo. Un detalle que me impedía levantarme era la silla, que había volado conmigo en mi caída, y la tenía encima. Estaba enredado en esa silla. Simple como parece, eso también era inexplicable. Yo había pasado veinticuatro horas por lo menos en esa pieza, todas de noche porque no había ventanas, y la puerta, que además daba a un pasillo, estaba cerrada. La luz provenía de una bombita colgada de la mitad del techo muy alto. El cuarto era bastante grande, pero daba la impresión de abarrotado por los muebles que se apilaban contra las paredes. ¿Qué eran? No me fijé; supongo que armarios, mesas... Nunca he sido observador, no tengo la organización mental necesaria para serlo. El centro estaba despejado, salvo por la «silla» en el medio, y en la silla yo. Pero no era una silla, sino un enorme y anticuado sillón de peluquero, todo en metal cromado y esmaltado, y cuero negro, con los cromados picados de óxido y el esmalte cachado y el cuero rasgado. La pata redonda con pedal, los brazos enormes, para un gigante, el aparato debía de pesar una tonelada... ¿Qué hacía ahí? Yo había dado por sentado que ese cuarto había sido una vieja peluquería de barrio, ocupada por la policía; sin pensar, había pensado que estaban demasiado ocupados para hacer reformas y se las arreglaban como podían, en un perpetuo estado provisorio; el trabajo policíaco, la lucha contra el crimen, eran por definición una carrera contra el tiempo... A esa impresión contribuía el piso, que era de grandes baldosas blancas y negras, y el color de las paredes, un celeste verdoso muy claro (la pintura se descascaraba progresivamente hacia el techo), color que por algún motivo yo asociaba a las peluquerías. ¿Y no había un espejo en una pared...? No, seguro que no. Y sin embargo yo lo daba por supuesto, ya en plena alucinación de distraído. ¿Pero qué podía hacer una expeluquería escondida en el fondo de un edificio? En aquel entonces las comisarías en Buenos Aires funcionaban en casas viejas, con patios y galerías, esas casas de tipo conventillo. Quizá las primitivas peluquerías para inmigrantes habían funcionado en cuartos cerrados en el fondo de las casas, ¿por qué no? Pero todo ese castillo de naipes se había venido abajo junto conmigo al impacto de las trompadas. La silla se había caído, como si no fuera un sillón de peluquero, y probablemente no lo era. Yo en realidad no lo sabía. Era como si no estuviera elaborando percepciones actuales sino recuerdos remotos. Ahora dudaba seriamente de que fuera un sillón de peluquero. Era increíble, había pasado veinticuatro horas terribles sentado ahí, solo, sin nada que hacer, y no me había fijado...

Cuando intervino el otro, un último esfuerzo por entender, y el consiguiente fracaso, me desanimaron para siempre. Porque había otro un hombre mayor, canoso, trajeado (el gordo que me pegaba estaba de uniforme, el clásico uniforme azul, que le

quedaba tan apretado que parecía como si todos los botones fueran a reventar a la vez). Él había manipulado las hojas de la declaración y la birrome. Cuando abrió la boca, en el momento en que arremetían las patadas de puntín contra mi cabeza yacente en una baldosa, pensé, siempre sin pensar, que se iniciaba la vieja comedia del «bueno» y el «malo». Era el momento indicado porque el otro ya no podía ir más allá en su papel de malo. Pude oírlo perfectamente, aunque ya tenía las orejas manando; sus palabras tuvieron como fondo un silencio sobrenatural. O quizá no había tanto silencio y yo no oía tan bien, pero mi expectativa me hizo oírlo a pesar de todo.

—¡Pero Barberis, qué le pasa! —dijo. Yo pensé «Barbie», no por Klaus Barbie, que habría sido una asociación lógica, sino por la muñequita—. ¡Qué le pasa, hombre! ¿Se volvió loco? ¿Qué está haciendo?

La típica comedia. Ahora iba a recitarle la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, se iba a poner de mi parte, para negociar alguna confesión extra...

—¿Qué está haciendo, Barberis? ¿Qué mosca le picó? ¡Mire si lo ve el Comisario! ¡Si se entera el Juez!

Barberis paró con el metegol y se quedó mirándolo con la boca abierta. El otro soltó el desenlace de su discursito:

—¿Por qué le pega tan... despacio? ¿Se le durmió el pie? ¡Qué vergüenza, si alguien se llega a enterar!

Yo seguía interpretando: «este es el que hace, de bueno. Por suerte conozco el truco. No voy a caer en la trampa».

¡¿Pero qué truco?! ¡¿Qué trampa?! ¡Era justamente al revés! Y aun así era una comedia, su falta de naturalidad no dejaba duda al respecto. Era una comedia al revés.

—Tenés razón, Gerandito. Estoy muy flojo. ¿Sabés qué pasa?

—¿Qué le anda pasando, Barberis?

—Estoy cogiendo demasiado, Gerandito.

Parecían los dos tonys de «el circo más chico del mundo». Y ¡Bam! ¡Bim! ¡Bom! ahí empezó a patear en serio. Si mi cabeza hubiera estado desprendida habría rebotado en las paredes en unas grandiosas carambolas a tres bandas. Como estaba en el extremo de mi cuerpo, se quedaba en su lugar. Por mi parte, nunca me hubiera imaginado que a una cabeza se le pudiera hacer algo así.

Después, en un amanecer tétrico tras pasar por varios lugares distintos, yo estaba sentado en un banco de lata en un cuartito donde varios policías tomaban mate; debían de haber pasado dos o tres días, o uno, o ninguno, quién sabe. El cuartito estaba abierto al patio, no tenía puerta sino que simplemente le faltaba una pared, por eso yo veía las primeras luces del alba en la copa de las palmeras. Entró un agente joven con unas hojas de papel en la mano: me mostró la declaración que yo había firmado.

—Esta es la declaración que usted firmó, ¿ve? —Me mostró con un dedo la firma —: Esta es su firma, o su supuesta firma...

No era mi firma, ni se le parecía, y en realidad no parecía algo escrito, sino una especie de sello azul con las líneas borroneadas. No dije nada. El agente siguió:

—Bueno, esta declaración no va, por esto —me mostró una letra tachada con una «x». Una pequeña desprolijidad de mecanografía—. Esto el Juez no lo acepta. *No va*. Voy a tener que pasarla de nuevo.

Asentí con la cabeza. Él siguió:

—Pero hay un problema. No voy a tener tiempo de pasarla porque tiene que estar en mesa de entradas cuando abra el juzgado, a las diez.

Se quedó esperando, y yo también. Al fin se fue, diciendo:

—Ya vamos a ver cómo lo solucionamos.

Nunca supe cómo lo hicieron porque no volví a firmar nada. Ese mismo día estaba en Villa Devoto, y empezaba una nueva vida para mí: la vida del pasado.

3

Advierto que lo anterior, con todo su realismo... que no es realismo propiamente dicho sino algo que pasó, simplemente... y el realismo es otra cosa, es más bien un artificio para darle aire de realidad a lo que no pasó... advierto, digo, su inconsistencia, su aspecto de pura maquinación gratuita, el mismo del resto de mis historias. Definitivamente el realismo es otra cosa. Esto es casi abstracto, un juego de ideas... No presenta la imagen de mí que me proponía dar, la imagen «real». El realismo no resulta en forma automática del relato de hechos que realmente pasaron. Me pregunto por qué.

Quizá... Quién sabe... Quizá porque lo atacé directamente, lo tomé en sí mismo, suelto, sin antecedentes, sólo para justificar con un ejemplo mi afirmación de que yo también tenía una historia. Y el hecho suelto, por real que haya sido, siempre va a quedar aislado de la vida en que sucedió, una verdadera fantasía ociosa, y hasta disparatada, «sin pies ni cabeza». Este episodio de la cárcel, tal como lo expuse, quedó recortado en la nada... Por más que diga que la nada es mi vida, o que mi vida es nada. Para empezar, es bastante obvio que este episodio reclama a gritos por lo menos un antecedente: por qué me metieron preso. Eso explicaría muchas cosas, casi todas. Pero igual quedarían cosas que decir, quedarían los antecedentes del antecedente, y sería un *regressus ad infinitum*, una huida hacia atrás... Sea como sea, en este punto es preciso que lo cuente. Después veremos.

Caí en cana por un robo a mano armada. A muchos les ha pasado, en última instancia a todos (a todos los que roban). Lo extraño del caso es que no estaba planeado así. Esto me lleva de vuelta al tema del «antecedente»: el de un robo es su planificación. Nosotros dos lo planificamos en todos sus detalles, y hasta en sus contingencias e imponderables. Nos anticipamos a todo lo que podía pasar. Y sin embargo pasó exactamente lo contrario de lo que esperábamos: nos agarraron. Si eso no es realismo...

Me habría sorprendido menos que no robáramos. Pero que nos agarraran... Desde el punto de vista de la planificación, un hecho delictivo consiste en dos partes de igual importancia: el hecho en sí, y la evitación de sus consecuencias legales. Nosotros pusimos todo el peso de nuestra inteligencia en el segundo elemento; el primero se hacía solo. El objetivo era un maxiquiosco en la esquina de Rivadavia y San Pedrito. A esos establecimientos se los roba poco, no porque sean inexpugnables, o estén muy vigilados (es todo lo contrario) sino porque nadie se ha puesto a pensar en la cantidad de plata que acumulan a última hora de la tarde, en verano, al cabo de unas doce horas de ventas incesantes. Nosotros tuvimos en cuenta la acumulación, más aún, nos enamoramos de ella, al punto que emprendimos este robo como un golpe piloto; si funcionaba, podíamos repetirlo dos o tres veces por día, todos los

días, en distintos puntos de la capital, y vivir de eso (de acumular acumulaciones). Éramos muy jóvenes y debíamos pensar en nuestro futuro. El robo propiamente dicho era un juego de niños: uno se quedaba en la entrada, otro se metía desenfundando la pistola, daba la vuelta encañonando a la quiosquera hasta quedar junto a la caja, se la hacía abrir, echaba todos los billetes en un bolso y salía: no debía llevar más de veinte segundos, a partir de cierto momento coordinado con el semáforo de la esquina. Cruzábamos a la carrera asegurándonos de ser los últimos en hacerlo antes de que se reanudara el tránsito, y eso nos daba medio minuto de ventaja. Ahí venía nuestra originalidad, que era no emplear ese medio minuto para correr, ni tomar un colectivo o un taxi, ni montarnos a una moto o a una bicicleta, ni escondernos... sino meternos en la pizzería de la misma esquina, ir al baño, cambiarnos de ropa en treinta segundos y salir caminando tan tranquilos, confundidos en la muchedumbre que circula siempre por ahí a esa hora. La idea se basaba en el modo de reconocimiento habitual en las aglomeraciones urbanas, que es por la ropa. La novedad de la maniobra nos aseguraba el éxito. A treinta metros del maxiquiosco, sobre la misma vereda, por San Pedrito, había un bingo, con policías en la puerta; la quiosquera misma, o los comedidos de siempre, irían a buscarlos; volverían todos corriendo hacia la esquina; mirarían en la dirección correcta (alguien nos habría visto cruzar, y quizá también entrar a la pizzería); la quiosquera nos describiría... Pero nuestras señas personales propiamente dichas eran de una grandiosa vaguedad: altura media, jóvenes, pelo oscuro corto... De esos había miles a la vista. Además éramos muy parecidos entre nosotros. Tendrían que recurrir a la ropa; lo harían naturalmente, sin pensarlo; y la ropa sería justamente lo que para entonces ya nos habríamos cambiado. Podríamos pasar ante sus narices sin que nos reconocieran.

Era el plan de escape perfecto, y es comprensible que hayamos visto en él el potencial para toda una carrera. La clave era psicológica, o más bien perceptiva, y le dimos mil vueltas. Ensayamos y experimentamos durante semanas, con el típico entusiasmo juvenil de quien da con un filón inexplorado, un filón de ese mineral con el que se hace la piedra filosofal. No sé de quién fue la idea, si de Ernesto o mía. Creo que fue una creación compartida. De lo que estoy seguro es de que nos la tomamos muy en serio. El truco estaba en encontrar el máximo posible de diferencia en la indumentaria, la de «antes» y «después», siempre desde el punto de vista del reconocimiento. Es decir que no se trataba sólo de cambiar de colores (aunque los colores eran fundamentales) sino de estilo, de personaje. La percepción no debía concluir en «otra ropa» sino en «otra gente». Nos probamos toda la ropa que teníamos, hicimos todas las combinaciones posibles y nos intercambiamos lo suyo y lo mío (nos iba perfecto porque éramos casi idénticos de cuerpo), antes de comprar prendas nuevas, cosa que teníamos previsto, en nuestro perfeccionismo, como inversión. Al fin nos decidimos por un contraste infalible: ropa deportiva clara, camiseta de Racing, pantalón buzo gris claro y zapatillas blancas, versus traje oscuro, ambo de saco cruzado, camisa blanca y corbata azul, con zapatos negros bien

lustrados: el primer conjunto acompañado de bolso de gimnasia colgado del hombro, de tela de avión rojo brillante, el segundo de un maletín ejecutivo negro, rígido. De ese modo no sólo cambiábamos de ropa, sino de personajes: el joven futbolero se volvía empleado de banco o visitador médico, o viceversa... Eran mundos distintos, regían actitudes perceptivas enteramente diferentes... Qué orgullosos estábamos de que se nos hubiera ocurrido. Qué entusiasmo teníamos. Pero, por supuesto, el aspecto especulativo no era todo; había un costado práctico a tener en cuenta: básicamente, la velocidad a la que lográbamos hacer el cambio. Ensayamos días enteros, maximizando cada ahorro de tiempo: la corbata, con el nudo ya hecho, se pasaba por la cabeza y se ajustaba; los botones de la camisa, bastaba con prender uno de cada dos, total los tapaba la corbata; las zapatillas, con abrojo en lugar de cordones, y los zapatos negros, mocasines. Logramos una fluidez que antes nos habría parecido mágica. La idea era alcanzar una sincronización de movimientos perfectamente automática, como para hacerla dormidos, porque lo más probable era que en ese momento no estuviéramos en condiciones de pensar. Lástima no tener un espejo de cuerpo entero para apreciar el efecto de la transformación; pero nosotros mismos éramos nuestros propios espejos, y podíamos constatar el efecto directamente.

Llegado el día y la hora todo salió según lo planeado, y hasta mejor que lo planeado, si cabe. Y sin embargo, nos agarraron. Yo tardé bastante en darme cuenta de qué había fallado. El vértigo de lo que siguió me hizo difícil concentrarme. A la larga, caí. Pero no tanto. No mucho. Lo comprendí, y al mismo tiempo no lo comprendí, y sigo sin comprenderlo del todo. Es decir, lo comprendo intelectualmente, como puedo comprender (y gozar, a mi manera un poco perversa) una de mis historias... Y esta es una historia ingeniosa, casi un chiste... Cómo no complacerse en ella, en su juego lógico sutil... Uno inclusive tarda un momento en entender... después se ilumina... ¡Claro! ¡Ya veo! Esos dos boludos eran tan boludos que se cambiaron la ropa entre ellos... Uno iba con la camiseta de Racing, el otro de traje oscuro, se metieron en el baño de la pizzería... ¡y se intercambiaron el disfraz! ¡Salieron exactamente como entraron! La policía buscaba a dos jóvenes morochos de mediana estatura, uno con la camiseta de Racing, el otro de traje... ¡y ahí estaban, saliendo de la pizzería, haciéndose los distraídos! Y creyendo (es de no creer) que eran invisibles...

Sí, es muy fácil verlo... desde afuera, como un juego de la inteligencia. Pero nosotros no lo veíamos desde afuera sino desde adentro. Éramos los protagonistas de la historia.

Por suerte, tengo fe en Dios. Puedo pedirle, sé cómo hacerlo y siento que soy escuchado. Me arrodillo en una iglesia vacía... No porque mi Dios esté en una iglesia sino porque ese ambiente me inspira. Me concentro, casi diría que me transporto... Como un místico. Después de todo, las experiencias estáticas no son tan raras, en ese aspecto nunca me he sentido una excepción. Tampoco es que vea ciudades celestiales, ni que oiga discursos angélicos sobre cuestiones trascendentes. Sólo alcanzo la convicción de que estoy siendo escuchado, atendido, por un Dios íntimo y benévolo.

¿Y qué le pido? Bueno, no se me ocurre nada. Es rarísimo. Hay tanto que pedir, tantas cosas que uno desea, tantos cambios que uno anhela y espera, que yo soy el primero en asombrarme de que no me venga a la mente nada preciso (ni impreciso tampoco). Pensado en frío, reconozco que a mi vida, en general desdichada, le vendrían bien unas cuantas modificaciones. Pero precisamente porque he sufrido, sé respetar la nada, y no me precipito. Yo diría, para explicarme, que mis modestos éxtasis constan de dos etapas: en la primera, la activa, me abro paso hasta la atención divina, y la obtengo, en una especie de salto de atletismo espiritual que se parece, por qué no decirlo, a una erección. Una vez allí, con la oreja del Señor a mi disposición, empieza la segunda etapa. Y en esta, llegado el momento, en caliente, no sé si me abata o qué, lo cierto es que no encuentro nada que pedir, y entonces, cediendo a una vieja costumbre, pido siempre lo mismo: que nada cambie, que todo siga como está.

Pero esta descripción puede llamar a engaño. En realidad, no es que obre así por aturdido o por cretino; la prueba es que después no me arrepiento, y cuanto más lo pienso más me convengo de que hice lo correcto. Y la mejor prueba de esto último es que mi plegaria fue escuchada, mi deseo concedido. Con toda mi fe, sospecho que si pidiera sacarme la lotería, Dios no me llevaría el apunte.

En cambio cuando le pido por el mantenimiento del *statu quo*, me complace. Y así quedamos hasta la próxima vez, cuando vuelvo a pedir lo mismo...

Lo que no acierto a explicarme es lo siguiente: que el pedido conserve su valor, o su sentido. Siendo lo que es, ¿no debería haber bastado con hacerlo una sola vez, la primera? Es cierto que en ese caso mi fe se habría agotado. ¿Para que sostenerla una vez que había cumplido su cometido? En tanto la mantuve, la fe alimentó el mecanismo y siguió valiendo la pena pedir. Pero, y aquí está lo realmente extraño, las cosas cambian, esa es una ley perenne del tiempo. Cada vez que me hincó a rogarle a Dios que todo siga como está... y lo hago con la confianza que me da el hecho de que la vez anterior le pedí lo mismo y me lo concedió... cada vez le estoy pidiendo algo

distinto en realidad, porque la situación se transformó desde la vez anterior... ¡Y Él vuelve a darme el gusto!

Es como si hubiera dos niveles: uno en el que todo pasa y cambia, el nivel humano; y otro en el que todo se mantiene inmutable por efecto de la acción divina. Son dos mundos, y desde siempre se ha admitido su coexistencia, la Ciudad del Hombre y la Ciudad de Dios...

No se me escapa que mi transacción con el Señor entra en la categoría general de la «espera». Si quiero mantener las cosas como están, es con el propósito, inconsciente y nunca pensado como tal, de preparar el terreno para cuando tenga un deseo positivo que expresar... Pero nunca me he sentado a pensar seriamente cuál podría ser. Es como si esperara a que lo inmutable mismo me lo traiga.

Por lo anterior, si me he explicado bien (no creo), podría pensarse que soy de esos conformistas que lo único que quieren es que nada cambie, y la vida siga siendo lo que siempre fue. ¡Qué error! Nada más alejado de la verdad. Nada podría estar más alejado, dado lo que ha sido y sigue siendo mi vida. Es justo lo contrario. Yo ardo en deseos... Es más, yo soy el hombre que tiene el comercio más directo y factual con los deseos, y con los deseos realizados para más datos. ¿No es lo que acabo de decir? Porque tomando sólo la forma, dejando de lado el contenido, lo que ha pasado es que de vez en cuando, cinco o seis veces por año, yo obtengo lo que no obtiene casi nadie: la realización de mis deseos.

Esta anulación del contenido no es sólo metodológica, sino que se da en los hechos. Justamente debido a que mi ruego no tiene contenido, obligo a Dios a obedecerme automáticamente; es más, lo obligo a Él a no tener deseos. Aunque quizá no debería hablar de Dios, sino del tiempo nada más: yo voy corriendo con la lengua afuera atrás de mi deseo, y no lo alcanzo nunca. No lo alcanzo no porque él corra más rápido sino porque tiene la habilidad sobrenatural de ponerse a mis espaldas a último momento, bajo la forma de deseo realizado (siempre sin hablar del contenido).

A veces tener un secreto puede ser una ventaja decisiva. Con él se puede evitar una catástrofe. El secreto actúa como una garantía, sobre todo si es un secreto de verdad, es decir de los vergonzosos, de los que uno daría cualquier cosa porque no se revelaran.

Esta es una gran verdad de la vida, que poca gente conoce. Yo la aprendí con la práctica, casualmente, y la he atesorado aunque no me ha sido útil después de la primera vez, cuando se me reveló. Lamenté que esa revelación hubiera tenido lugar después, y no antes, de la desdichada experiencia del robo, y de la cárcel. Me habría ahorrado muchos sinsabores.

Mi secreto no tenía nada que ver con mi prontuario. Eso había salido a la luz en todos los detalles. No podía ser de otro modo, porque había pasado cinco años preso, y nadie puede ocultar tamaña enormidad. Mi secreto era otro, y él sí se mantenía oculto: mi homosexualidad. En aquel entonces era algo que se ocultaba, con el mayor celo, puedo dar fe. Yo había vuelto a vivir en un ámbito familiar, a diferencia de mi etapa anterior a la cárcel, cuando había vivido solo... Al venir a Buenos Aires a los diecisiete años recién cumplidos, con un empleo y una sed insaciable de libertad, viví en una pensión y el contacto con mis tíos se limitó al mínimo necesario, y eso sólo al principio, cuando mi minoría de edad hacía imprescindible que ellos firmaran algún papel... Después de cumplir los dieciocho, y ya baqueano en la ciudad, pasaba meses sin verlos y sin llamarlos siquiera. Casi puedo decir que veía más a mis padres y hermanos, en los muy espaciados viajes que hice al pueblo. Mis tíos no me guardaron rencor, por lo visto, porque cuando salí de Caseros, y me negué terminantemente a volver al pueblo, me llevaron a su casa, me dieron un lugar en la familia y, en general, el tratamiento clásico del adolescente desorientado con el que «hay que tener paciencia», aunque yo tenía veinticinco años (psicológicamente, contando la regresión provocada por el trauma-cárcel: trece). Durante un año entero me tuvieron de hijo, hasta que estuve listo para valerme por mí mismo. Y una parte esencial de mi rehabilitación fue el descubrimiento de la conveniencia de tener un secreto, que se dio durante esta época, y en realidad marcó su fin.

Fue una mañana de otoño, en un barrio lejano al que yo había ido a parar por casualidad; y para más casualidad todavía, me había metido en un pequeño supermercado para ver si no tenían uvas (¡curiosa ocurrencia!). Había ido hasta el fondo, a la sección Frutas y Verduras... Ya dije que no era un establecimiento grande, era alargado, con cuatro cajas a la entrada, y bastante oscuro y cavernoso hacia el fondo... No, no había uvas, si eran uvas lo que había ido a buscar, o, si las había, eran uvas comunes y corrientes, de las que se conseguían en cualquier parte (¿y qué esperaba? quién sabe; no puedo reconstruir esa parte) de modo que ya estaba

enfilando hacia la salida, medio desorientado... porque todo espacio nuevo siempre me desorienta... y lo que pasó a continuación terminó de hacerme perder la brújula: hubo un asalto. No lo podía creer, pero era eso exactamente: un asalto a mano armada. No sé qué tenía de increíble: siempre están pasando cosas así. Pero, digan lo que digan, siguen siendo excepcionales, y uno no puede creer que le haya pasado a uno... A mí, justamente... No sólo por mi historia. También por las circunstancias: ir a un barrio al que no iba nunca, hacer algo que no hacía nunca: meterme en un supermercado, ¡y que asaltaran ese supermercado, en ese momento!

Claro que tardé, como debimos de tardar casi todos los presentes, en entender qué era lo que pasaba. No anunciaron el asalto por los parlantes, ni hubo una secuencia ordenada de hechos. Había señoras que seguían metiendo comestibles en los carritos mientras otros ya corrían, o ya se paralizaban de espanto, o harían las dos cosas a la vez, lo que es el último estadio de la alarma. Al fondo había una puerta que debía de dar a un depósito, y quizás a otra salida, por otra calle... Por ahí se metieron muy apurados los empleados que pesaban la verdura, y una supervisora... que se demoró haciéndole gestos de que la siguiera a una señora que se había puesto histérica... Oí, o creí oír, a un empleado diciéndole a alguien, al otro lado de una góndola: «ya llamamos a la policía»...

—¡Todos quietos! —clamó una voz que se acercaba, desde la mitad del salón—. ¡Nadie se mueva!

Desde el sitio donde yo había quedado clavado, al fin entendiendo qué pasaba, tuve un panorama general del operativo: una mujer estaba vaciando las cajas, armada con un revólver de caño corto... A las cajeras, después de hacerles abrir las cajas, las habían hecho meter tras el mostrador de envases... Ese supermercado no tenía personal de vigilancia armado... Todo había sido muy rápido, la mujer ya iba por la segunda o tercera caja (según por qué lado hubiera empezado), con el revólver en la mano izquierda y con la derecha agarrando el montón de billetes y echándolo a un bolso abierto que le colgaba del cuello sobre el pecho... Era bajita, robusta, rubia teñida, de mediana edad, con anteojos negros...

Mientras tanto su cómplice hacía un rápido paseo hasta el fondo, con fines seguramente intimidatorios nada más... Ni siquiera se propondría llegar al fondo. La idea debía de ser volver a tiempo cuando la última caja hubiera sido vaciada, y salir rajando... No podía dejarla sola a la mujer mucho tiempo, porque ella era muy vulnerable... Si gritaba era para mantener su presencia activa tanto atrás como adelante... Además, él era el elemento «fuerza», porque enarbolaba una terrible pistola nueve milímetros, grande como un plumero.

—¡... e mueva! —Lo había gritado una sola vez. No era necesario más. Ya daba media vuelta, dos metros antes de llegar adonde estaba yo, y emprendía el regreso hacia las cajas... pero no sin que antes nos viéramos las caras y nos reconociéramos.

Él me reconoció a mí. Yo lo reconocí a él. ¡Cómo no reconocerlo! ¡Si era el tío de mi tía, y vivía en la casa de al lado, con los padres de ella! Prácticamente vivíamos

juntos, las dos casas estaban comunicadas... Mis tíos al casarse habían construido en el terreno lindero a la casa paterna de mi tía (el terreno fue el regalo de de sus padres). Y la casa original había sido de los abuelos de mi tía, honestos inmigrantes franceses, luego de cuya muerte siguió viviendo en ella la hija con su marido e hijos (uno de los cuales era mi tía) y su hermano solterón, que era este asaltante... En realidad no sé si era solterón o divorciado de larga data, sin hijos, de eso estoy seguro. Un tipo de entre sesenta y setenta años, de esos porteños viejos que ya por entonces casi no quedaban... Nunca había estado muy en claro de qué vivía, pero nadie se lo preguntaba porque podía vivir de nada, tenía casa y comida con su hermana, se suponía que debía de tener alguna pequeña jubilación que le alcanzaba para el café y los cigarrillos, y en ropa no gastaba...

A sus circunstanciales víctimas en el supermercado debió de causarles, si bien no tan fuerte como a mí, una impresión inolvidable. No sólo por el arma, que blandía con la mayor desenvoltura, sino por la pinta. Debieron de sentir que estaban en manos de un personaje de cuidado. La edad ya de por sí indicaba algo. El público se ha acostumbrado a que los ladrones sean jóvenes; un viejo parece algo anormal en ese papel. La ropa lo hacía decididamente excéntrico. Era un traje de los que debían usarse en su juventud, en los años cuarenta: saco cruzado, con hombreras, pantalones con botamanga, en un casimir azul oscuro con finas rayitas blancas muy separadas. Camisa, corbata, un grueso chevalier en el meñique, el pelo teñido con La Carmela y engominado para atrás, el bigote recortado finito como una línea: no se podía ser más anacrónico... Habrán pensado que era un disfraz; yo mismo lo habría pensado, de no saber que era su indumentaria habitual. Siempre andaba así. Pensándolo bien, era un buen truco: la policía descartaría como disfraz la descripción que darían los testigos, y buscaría cualquier cosa menos esa.

En unos segundos, se habían ido. A la mujer, aunque la vi de lejos, estaba seguro de no conocerla. Yo seguía paralizado. Mi primer pensamiento (y todos los que siguieron, para qué negarlo), fue para mí: ¿qué me pasaría ahora? Si la policía me tomaba los datos, y averiguaba mis antecedentes... Si llegaban a agarrar al asaltante, y veían la casi identidad del domicilio, y el parentesco (y averiguaban mis antecedentes)... ¿cómo convencerlos de que yo estaba ahí por casualidad? ¡Ni yo mismo lo creería! Sentí un odio inmenso hacia ese viejo turro... Como un animal acorralado, fui hacia la salida. La policía todavía no había llegado... las cajeras y otros empleados habían salido a la vereda, miraban en la dirección en que se habían marchado los delincuentes, se juntaban vecinos... Yo también salí... me mezclé con la gente, retrocedí de espaldas (para dar la impresión de que venía de afuera) hasta el cordón, y ahí una señora me preguntó:

—¿Qué pasó, joven?

—Parece que hubo un asalto...

Crucé, caminando despacito, y me perdí en las cuadraturas del barrio, bañado en un sudor de alivio. Pero el alivio me duró poco, o mejor dicho nada. Porque ahora yo

estaba en posesión del secreto de las actividades de ese viejo, con el que prácticamente convivía, en el seno de una familia intachable de honestidad, y él no iba a soportarlo. El azar me había vuelto una amenaza a su tranquilidad y, si había logrado mantener la fachada durante setenta años, debía de haberse acostumbrado demasiado a ella para no estar dispuesto a todo con tal de conservarla... Siempre me había parecido un tipo peligroso, no sabía por qué (ahora lo sabía).

Casi añoré la posibilidad ya descartada de tener que vérmelas con la policía. Esto era mucho peor... Este viejo maldito no descansaría hasta destruirme... Ya podía irme despidiendo de la casa donde vivía, de la familia... Y era de los eficaces en el mal... Ahora me daba cuenta por qué siempre me había dado mala espina. Había llevado una doble vida quién sabe por cuántos años, sin despertar ninguna sospecha. Al contrario, todos los tenían por un moralista estricto, chapado a la antigua. Había que oírlo hablar de política, su santa indignación contra los corruptos (los «chorros», como se decía entonces), contra los pragmáticos, contra los peronistas... Al único que salvaba era a Balbín, hombre de «conducta» según él... y todos le daban la razón... Conducta. «¡Ahí hay conducta!», decía levantando un dedo, imponiendo silencio... No, definitivamente estaba demasiado encariñado consigo mismo, él también a su modo era un hombre de conducta, viejo mistificador hijo de puta, y no me permitiría estropearle la representación...

En este punto, cuando traté de ponerme en su lugar para ver qué haría, mis reflexiones tomaron un rumbo más alarmante todavía. Porque para él no era cuestión de tomar medidas contra mí, calumniarme, atacarme o resaltar mis defectos. Si lo hacía, yo lo delataba. Y por supuesto, podía delatarlo aunque él no me hiciera nada. Y no correría el riesgo. ¿Comprar mi silencio? No se rebajaría. Yo sabía que me despreciaba. De hecho, él no podía permitir siquiera que yo llegara esa mañana a la casa de mis tíos. Aquí se me hizo evidente la horrible verdad: su única alternativa era matarme. Parecía excesivo, pero no lo era. Matarme era un precio aceptable (para él) ya que estaba en juego toda su vida... Quizá ya había matado antes, y por mucho menos: esa misma mañana podría haber matado a un vigilante o a una cajera que se resistiera. Matarme, y ya. Si no me había matado en el supermercado, al verme, seguramente fue por no perder tiempo o porque no se le ocurrió en el momento... No, ¿qué estaba diciendo? ¿Con quién creía que estaba tratando? Claro que se le ocurrió, pero lo pensó mejor: no le convenía dejar ahí el cadáver de alguien por el que podrían encontrarlo a él... Mi muerte no tenía que relacionarse con ese asalto... Por eso estaba dejándome alejar; en una calle perdida, era un blanco perfecto.

Miré con aprensión a mi alrededor. Ni sabía dónde estaba. En el apuro por alejarme, y la distracción de mis pensamientos, no había visto por dónde iba. Él ya debía de andar buscándome... Un tiro, y listo... La policía buscaría, si es que buscaba algo, por el lado de mi historia... Una *vendetta* contra un expresidiario, lo más común del mundo...

Mi único recurso era volver al supermercado, hablar con la policía, denunciarlo... Justamente lo que había temido media hora antes... ¿Pero cómo volver? ¿Dónde estaba el supermercado? No me había fijado en el nombre de la calle, y rehacer el camino era imposible. Creía recordar que había doblado en todas las esquinas, con el único objeto de alejarme, de perderme... Se me hizo patente la inmensidad del laberinto que era Buenos Aires. Y en cualquier momento él me encontraría... Era mi fin. Sentí la muerte como se puede sentir la lluvia en un descampado. No tenía escapatoria...

Por suerte el pánico no me paralizó la actividad mental. Al contrario, fue como si la inminencia de la muerte me desatara el cerebro. Seguía caminando, y pensaba, inventaba... Creo que fue en esa ocasión que nació mi hábito de contarme historias al caminar. Nació de la urgencia de agotar todas las historias antes de que sonara el disparo que pondría fin a mi vida. Y de ese torbellino surgió de pronto la ocurrencia salvadora. Porque las historias se sostienen en ideas, en toda clase de ideas, y una de ellas tenía que ser la que me indicaba el camino de la prolongación de mi existencia.

De hecho, no había ningún peligro. Ya estaba salvado, de antemano. El secreto me había salvado. Lo que recordé fue que ese viejo, el tío de mi tía, sabía mi secreto. En efecto, tiempo atrás me había visto besándome con el sodero. ¡Cómo me había mortificado entonces! Las noches sin dormir, la angustia... Había estado seguro de que él iba a hablar, y cuando pasaron los días y no habló, empecé a perseguirme... a pensar que estaba esperando la ocasión ideal, por ejemplo una reunión familiar... Hasta había pensado que se lo reservaba para extorsionarme, cuando yo tuviera plata (¿pero cuándo iba a ser eso?)... Y ahora, de pronto... todo encajaba, como en un rompecabezas: él disponía del secreto cuya revelación podía destruir mi vida, yo del suyo... Se planteaba una *impasse* definitiva... No necesitaba matarme porque sabía que yo no diría nada, sabía que hablar me costaría demasiado.

¡Qué alivio! ¡Qué liberación! Elevé una acción de gracias a lo que menos habría creído que iba a agradecer alguna vez: a mi sucio secreto, que se transformaba en una paloma de oro y me salvaba la vida. ¡Qué me importaba que lo salvado fuera una rastrera vida de puto reprimido! Era mi vida, y era la única que tenía y que tendría nunca.

6

En una etapa anterior, antes de mis veinte años, volvía por lo menos dos veces al año a mi pueblo natal, Coronel Rosado (qué nombre predestinado). No es fácil cortar con el pueblo. Uno vuelve y vuelve... hasta que no vuelve más. Yo hice todo el proceso. Una vez que salí de la cárcel no volví nunca más.

En uno de esos regresos, después de casi un año seguido de ausencia, llevaba el pelo muy largo: en aquel entonces, a fines de los sesenta, era un signo de rebeldía, o de modernidad, o de qué sé yo qué. De vivir en Buenos Aires. Esperaba causar sensación entre mis conocidos, pero para decir la verdad mis conocidos en el pueblo eran tres nada más (nunca fui popular), y la sensación que terminé causándoles fue bastante rara.

Antes de que pudiera lucirme ante ninguno de los tres, mi vieja armó un escándalo:

—¡Andá a la peluquería! ¡Parecés un loco! ¿Querés que te tomen por lo que no sos?

—¡Soy mayor de edad! —Había esperado mi mayoría dejándome crecer el pelo.

—¡Andá a la peluquería ya! ¡Que no te vea nadie así! ¡No nos hagas pasar vergüenza!

Me perseguía por toda la casa blandiendo un billete que había sacado del monedero.

—¡Tomá la plata! ¡Quedate con el vuelto!

Al final se largó a llorar y yo salí dando un portazo. Me puse a caminar sin rumbo por las calles. Entonces al pueblo me lo sabía de memoria (todavía hoy lo sé, porque tengo una memoria de elefante: sólo que ahora mi recuerdo ya no debe coincidir con la realidad), así que no me distraía de mis pensamientos, que giraban en torbellinos de indignación. Me pronunciaba a mí mismo, en la efigie de mi madre, largos discursos libertarios. Lo que me sacó al fin de mi ensimismamiento fue tropezar con Miguel Urquiola, que era justamente uno de mis amigos rosadenses, excondiscípulo.

¡Nos dimos la mano! ¡Qué tal! ¡Qué tal! La conversación no daba para más, es decir no daba para nada. No teníamos nada que decirnos, no teníamos intereses comunes... Yo nunca he tenido intereses comunes con nadie, por eso me he aislado. Miguel no hizo alusión a mi cabellera, pero noté que la notaba. Es decir, no lo noté en el momento: su aparición ocupaba toda mi conciencia. Lo noté cuando nos separamos y seguí mi camino. Al menos, pensé, podía compensar mi incapacidad de encontrar tema de conversación siendo un tema de conversación. Me lo podía imaginar, a Miguel, hablando de mí: ¡Tiene el pelo larguísimo! ¡Es un Beatle! Lo que me devolvía al tema por el que había salido de mi casa. De pronto empecé a ver el asunto bajo otra luz. Supongo que pensé que el pelo largo ya había cumplido su misión: ya

me habían visto con él... Ya no lo necesitaba. Lo cierto es que enfilé hacia la peluquería. No quería seguir oyéndola protestar a mi vieja, estaba harto. Además, tenía en el bolsillo el billete que me había dado, y me tentaba el «vuelto» para comprar una camisa a la que le había echado el ojo, una camisa moderna, vanguardista, a rayas gruesas... Ya podía oírla a mi vieja protestando, ¡Cómo te compraste eso! ¡Parecés un preso!

A lo que yo respondería con la declaración de mi libertad de parecer un preso, o lo que se me diera la gana... El tema de la camisa me llevó como sobre una alfombra mágica hasta el sillón del peluquero. Me hizo un corte tradicional, cuadrado, a la navaja, como se usaba entonces. Ya mientras me cortaba yo me estaba arrepintiéndome. Empecé a sentir un dolor psíquico casi intolerable, una especie de sensación de pesadilla, de impotencia, que conocía bien y me devolvía a la infancia. ¿Por qué me estaba cortando el pelo? ¿Por qué renunciaba a mi gesto? Había actuado sin pensar, siguiendo un impulso, y había hecho exactamente lo que no quería hacer. Y era irreversible, al menos por el momento... No había nada que hacer. Ya estaba hecho.

Salí deprimido al extremo. Casi angustiado. Una vez más había dejado que otros decidieran por mí. Me hacía un mundo de esa pequeña gran decepción que yo mismo me causaba. Trataba de consolarme diciendo que era sólo un corte de pelo, un trámite trivial... pero no era tan fácil.

En la esquina, en vez de doblar rumbo a mi casa, tomé en la dirección opuesta: daría una vuelta, porque necesitaba deliberar un rato conmigo mismo hasta calmarme. Era el mediodía y el pueblo se vaciaba por causa del almuerzo y la siesta. Alguien estaba bajando la persiana metálica de la zapatería El Barato... Él me reconoció antes que yo a él: era Pablo Bastard, otro de mis tres amigos de Rosado. Nos dimos la mano. ¡Qué tal! ¡Qué tal! ¿Estás de paseo? ¿Estás trabajando en El Barato? Sí, había entrado hacía seis meses, de dependiente... Seguimos charlando hasta la esquina, a la que fue un alivio llegar porque no teníamos nada que decirnos. Él doblaba para su casa, yo para la mía.

Mis viejos ya estaban sentándose a la mesa. Almorzaban a las doce en punto; si yo hubiera llegado un minuto después, empezaban sin mí. Para completar mi malestar conmigo mismo, mi vieja no se dio cuenta de que yo me había cortado el pelo. Ocupada como estaba en la cocina, y sirviendo, no me miró con atención. Era como si se hubiera olvidado del tremendo escándalo que había armado dos horas antes. ¡Y yo renunciaba a mis ideales para darle el gusto a semejante veleta! Lo advertí cuando estábamos por la mitad del almuerzo, y trató de compensar su distracción con exageraciones completamente fuera de lugar: ¡Ahora sí! ¡Estás normal! ¡Es otra cosa! Etc. No consiguió más que hacer subir mi nivel de odio y hundirme en un mutismo de cara de perro que la siesta no disipó.

Cuando salí a la tarde, tenía un plan. Era otro impulso ciego, y estaba consciente de que iba a arrepentirme. Pero no quise echarme atrás, por una cuestión de

principios: si antes había obedecido a un impulso ciego «en contra», ¿iba a resistirme ahora a uno «a favor»? ¿Iba a llevar tan lejos, a sabiendas, mi abyección?

La idea, por rara que pueda parecer, era volver a cortarme el pelo. En realidad no era tan rara. Yo estaba arrepentido de haberme cortado y quería deshacer lo hecho. Eso nunca se puede lograr, y en este caso menos. Pero se puede avanzar, hasta «dar toda la vuelta»... No podía volver a tener el pelo largo, pero podía recuperar, con el pelo demasiado corto, el mismo gesto antiburgués que representaba el pelo largo. Lástima que no se me hubiera ocurrido de entrada; ahora tenía que gastar en otro corte y me quedaba sin la camisa, pero valía la pena, si me salía con la mía y recuperaba la tranquilidad de espíritu.

Fui a otra peluquería, por supuesto. Por suerte, en los pueblos abundan. Esta vez me conformé con el viejo peluquero que tenía su local a la vuelta de casa; era el que me había cortado de chico. Le pedí que me pelara, a la máquina. Seguramente se dio cuenta de que me había cortado ese mismo día (todavía debía de tener pelitos en el cuello de la camisa) pero no dijo nada. Me peló la nuca y las sienes, me dejó un centímetro de pelo arriba. No era el corte que más me favorecía, porque tengo la cabeza chica, pero eso era lo de menos. Volví directo a casa.

Debo decir que fallé miserablemente en mi propósito: mi vieja no se dio por enterada. En algún momento durante el curso de la tarde noté que me miraba intrigada, pero debió de pensar que se había fijado mal durante el almuerzo, y no quiso arriesgarse. En su descargo, diré que en aquellos años los términos no significaban lo mismo que hoy; el «pelo largo» no era la cabellera colgando por abajo de los hombros, y el «corto» no era como los skinheads de hoy día. Las diferencias eran bastante sutiles. Pero se notaban. Y significaban mucho.

A última hora salí a la vereda y vi en la puerta de su casa, enfrente, a Juan Padelli, el tercero de mis excondiscípulos con los que seguía saludándome. Cruzó, o crucé yo, no me acuerdo, para hablar. Sabía que yo estaba de visita, me informó, se lo había dicho la madre, y había salido a la puerta a ver si me veía. Asentí sonriendo, me volvió a decir lo mismo, dos o tres veces, con más detalles, y ahí se terminó la conversación. ¿De qué íbamos a hablar?

Esa misma noche tomé el Chevallier de vuelta a Buenos Aires. Todos mis viajes al pueblo eran de un solo día, con la excusa del trabajo. No habría soportado más. Volvía por una necesidad inexplicable, encontraba el consiguiente vacío, y volvía.

Esa jornada intrascendente pudo dejar un curioso resultado, en forma de historia, de una de esas historias que me gustan a mí, lo que es la señal más segura de que no pasó en la realidad. Cuando se vieran, días después, Miguel, Pablo y Juan comentarían mi aparición, y Miguel diría: ¡Qué largo se ha dejado el pelo! A lo que Pablo tendría que responder: ¿Sí? No me di cuenta, me pareció que lo tenía como siempre. Y Juan, apoyándolo: Es más, yo diría que lo llevaba más corto que nunca... No se iban a poner de acuerdo. Y ya encaprichados, sin poder comprender cómo sus amigos, por lo general confiables en su evaluación de las cosas, podían equivocarse

de un modo tan palmario, no les quedaría más que exagerar sus respectivas imágenes de mi pelo: ¡Larguísimo! ¡Cortísimo! ¡Como siempre! ¡Larguísimo! ¡Cortísimo! ¡Cómo siempre! ¡Larguísimo!...

Y así podrían seguir eternamente. No había modo de resolver la diferencia. Podrían decirse: «son las trampas de la percepción», o «todo es relativo». En efecto, todo estaba en la mente. Y la gente es muy poco observadora... Que en este caso hubiera un motivo objetivo, seguramente no se les pasó por la cabeza. Es rarísimo que la realidad se tome el trabajo de colaborar con el caos mental de la humanidad, pero a veces lo hace. Quizá lo hace siempre y no nos damos cuenta.

La vida está llena de acertijos. Vistos desde un lado son perfectamente explicables; si uno sigue paso a paso el proceso que los produce, todo está claro. Son una historia como cualquier otra; sólo se necesita que esté bien contada para entenderlo todo. Tomados desde «el otro lado», en cambio, es decir vistos desde el resultado, son un enigma sin solución, porque desde este lado del tiempo es imposible reconstruir la historia. Y como todo en el mundo es una historia y su resultado, basta con colocarse de un lado o del otro para entenderlo todo o no entender nada. ¿Y qué diferencia hay? ¿Qué importancia tiene?

A veces se trata de acertijos explícitos, que no son diferentes de los otros sino porque la concatenación de causas y efectos fue más vistosamente intrincada, y el que estuvo presente mientras sucedía se da cuenta de que los otros jamás podrían contársela, y se divierte desafiándolos a que lo hagan. Esta misma mañana oí uno y me pasé el resto del día dándole vueltas en la cabeza.

Fue en el café donde suelo ir a leer el diario. Otro cliente habitual es un viejo jubilado que charla con el mozo. Y hoy oí que el mozo le preguntaba, quién sabe por qué:

—¿Usted tiene hermanos?

El viejo:

—Tengo cuatro hermanos.

—¿Viven los cuatro?

Ahí la voz del viejo se encendió de picardía y le dijo, como si hubiera estado esperando justamente esa pregunta:

—Viven los cuatro, y uno de ellos, el menor, es un bebé de pecho. Ayer justamente... ¿ayer fue ocho? Bueno, ayer cumplió dos meses.

El mozo, que es un muchacho joven, lo miraba arqueando las cejas, esperando una explicación, que el viejo risueño no le dio. Al contrario. Parecía muy contento de haber creado la intriga. Y por el tono de voz, por el modo de decirlo, por lo que había dicho, el mozo y yo sabíamos que no era una broma. ¿Qué broma podía ser? ¿Dónde se ha visto una broma así? Quiero decir, no era de esas cosas que después se borran con un «lo dije en chiste». Esto tenía alguna clase de explicación, por rara y complicada que fuera.

Me tuve que ir sin oírla, con la pregunta del mozo resonándome en los oídos:

—¿Cómo puede ser?

¿Cómo puede ser, en efecto? ¿Cómo puede ser que dos hermanos se lleven setenta años de diferencia, y la palabra «hermano» tenga alguna clase de sentido, como era claramente el caso en esta ocasión? He estado barajando posibilidades todo el día, sin encontrar ninguna aceptable, y probablemente me moriré sin encontrarla.

Sería injusto con Coronel Rosado si no incluyera en estos recuerdos el relato de otra de las visitas que le hice en mi juventud, porque en esa ocasión tuvo lugar algo que merece, más que cualquier otro suceso de mi vida, el marbete de «un sueño realizado».

Fue un verano, yo tenía diecinueve años, y el motivo de ese viaje fue sacar de la concesionaria una moto que había comprado. La compré en el pueblo por las facilidades que me daba el vendedor, un exsocio de mi padre. La saqué el sábado a última hora, y el día siguiente salí a probarla. La excitación me hizo despertar temprano. Domingo a las siete de la mañana: el pueblo estaba desierto, no se veía un alma; tenía campo libre para correr a gusto por las calles asfaltadas, rectas y blancas bajo la luz del primer sol. Y el silencio... absoluto, total, todo el mundo durmiendo; se habría oído caer un botón, cuánto más el ronco motor furioso de la moto. Escuchar el trueno bajo el cuerpo es parte del placer del motociclista. Hice trabajar la muñeca: el rugido llenaba todo el pueblo, como el agua puede llenar una pecera. Debía de oírse en el campo circundante, y más allá, hasta rebotar en los cerros azules que adornaban el horizonte. Volví a darle muñeca: el nivel subir más todavía. Y en el centro, en el corazón del trueno, estaba yo...

No puedo encarecer cuánto había soñado este momento, cuánto significaba para mí. Lo venía esperando desde mi primera infancia. Era una culminación. De pronto, con los ahorros de dos años de sueldos, y un modesto crédito, y una ayuda paterna, se había producido un salto... y la moto se había hecho realidad, estaba montado en ella, bebiendo el viento, haciéndola sonar como un violín planetario. Yo mismo me hacía realidad, en la vibración que me subía por el cuerpo, nervio por nervio, hasta expandirse en mi cerebro... ¡Así que esto era la realidad! En cierto modo la había presentido, la había adivinado, todo a lo largo de mi infancia pueblerina. Que se me revelara en el mismo pueblo era un rasgo de justicia poética. El pueblo mágicamente vacío, todo para mí, un juguete iluminado que me regalaba el destino... Le daba más y más muñeca al acelerador, en unos crescendos que parecían surgir de las placas tectónicas... De esas profundidades provenía la nafta que se quemaba con pequeñas llamaradas rabiosas dentro del hierro, dentro del níquel... Los pistones se entrechocaban como castañuelas divinas, y toda la máquina, coordinada, se estremecía... era una Gilera, la mejor moto que había en el mercado entonces. No me habría conformado con nada menos. Me había lanzado por las calles de asfalto, que eran las que rodeaban el centro (empedrado), como si no fueran calles sino una ruta interminable que seguía hasta el horizonte. Las esquinas no significaban nada para mí, las calles transversales tampoco... pero tomaba por cualquiera de ellas, y todo volvía a ser lejanía devorada, anulada. Las fachadas que me sabía de memoria se

deslizaban a los costados, vueltas imágenes puras de la realidad, de lo que antes me había parecido la realidad y ahora era real, por fin... No podía creer que eso me estuviera sucediendo a mí. Estaba embriagado. Había soltado amarras.

Pero no estaba solo. No del todo solo. De pronto, en una calle por la que había tomado a toda velocidad, amplificando el escape, vi a un niño, de cinco o seis años, en una pequeña bicicleta con rueditas. Iba por la calle, en la misma dirección que yo, cerca del cordón. Uno de esos niños que se despiertan temprano un domingo a la mañana, mientras los padres duermen, y se visten solos en silencio y salen a la calle, aburridos, con la esperanza de encontrar a sus amiguitos... pero no, todos siguen en la cama a esa hora, profundamente dormidos... entonces sacan la bicicleta y aprovechando la soledad cometen la transgresión de bajar a la calle, como los grandes... Los padres le tienen prohibido bajar de la vereda en bicicleta. En Rosado no hay peligro, nunca hay mucho tránsito, y un domingo a esa hora ninguno. De todos modos él se mantiene cerca del cordón, prudente... Me identifiqué al instante con ese niño, al que veía de espaldas, adelante y a mi izquierda (yo iba por el medio de la calle, devorándola). Me identifiqué cerrando una larga brecha de tiempo y experiencia. Yo había sido él. Había vivido como ahora vivía él esas mañanas de domingo solitarias y muertas en el pueblo.

Cuando me acercaba... mi moto era como el rayo (con el trueno incorporado), franqueaba las distancias como un gigante corriendo por una ciudad en miniatura... Cuando ya casi lo superaba, volvió la cabeza por sobre el hombro, me echó un vistazo rápido y miró al frente. Se incorporó un poco apoyando todo el peso del cuerpo en los pedales, se echó hacia adelante, concentrado (seguro que estaba entrecerrando los ojos y haciendo «rrrrrrr» con la boca y muñequeando el manubrio), las piernitas flacas subían y bajaban a todo vapor y la pequeña bicicleta se tambaleaba sobre sus rueditas de apoyo... Cuando me le puse a la par, me estaba corriendo una carrera...

Todo eso lo vi en un segundo, y si reconocí los movimientos y la intención fue porque yo también había hecho cosas así, y todo niño las ha hecho. ¿Qué niño no quiere ser grande, y tener una moto, y correr como el viento? Y a los niños no es cuestión de decirles que esperen a crecer, que tengan paciencia. Lo que quieren, lo quieren ya, y como es imposible, recurren a la magia de su fantasía, que para eso se las ha dado la Naturaleza. Y entonces la frágil bicicleta con rueditas se transforma en una poderosa Gilera de alta cilindrada... Si viene una Gilera de verdad, cuando se les pone a la par le corren una carrera con «la suya», así sea durante la décima de segundo en que van lado a lado... Yo lo había hecho, y ahora yo estaba «del otro lado», del lado en que los sueños se hacían realidad.

Pero cuál no sería mi sorpresa al llegar a la esquina, cuarenta o cincuenta metros más allá, y ver que todavía tenía a la par la bicicleta con el niño, en una línea paralela, él siempre cerca del cordón, yo por el medio de la calle... ¿Yo habría frenado sin darme cuenta, distraído por mis pensamientos? No tuve tiempo de preguntármelo en

realidad. La bocacalle pasó como un hipo, y ya estaba recorriendo la cuadra siguiente... ¡y él seguía conmigo, lo veía con el rabillo del ojo! Por si acaso le di más muñeca y salté hacia adelante. El aire me golpeaba el rostro; incliné un poco la cabeza hacia abajo, seguí acelerando... Era increíble, pero el chico seguía ahí, no se quedaba atrás. ¿No sería una imagen remanente en la retina, un vestigio del instante en que lo pasaba? Torcí apenas la cara para mirarlo: era real, y él también me dirigía una mirada bajo el flequillo... apretaba los dientes con una mueca de esfuerzo, los pies en los pedales le subían y bajaban a una velocidad casi cómica, y no perdía terreno. Yo le arrancaba a la moto los rugidos más tremendos, ya no había más cambios en la caja de velocidades, la bocacalle siguiente pasó como una exhalación... y seguíamos a la par...

Me di cuenta de que no podría dejarlo atrás nunca, porque, por una vez (¡tenía que pasarme a mí!) el sueño realizado se había hecho realidad.

El otro día cuando me bañaba abrí un frasco nuevo de champú y lo encontré ligeramente más líquido, menos cremoso; como siempre uso la misma marca desde hace años, puedo notar una pequeña diferencia, y en este caso era mínima, tanto que pensé que podía ser una impresión mía. Cuando volví a echar un poco más en la palma de la mano para el segundo lavado, ya no lo noté: estaba igual que la primera vez, y esa primera vez en que se había manifestado el contraste con el frasco anterior ahora hacía de «tapón» obstruyendo toda comparación que no fuera consigo misma. En fin, ahí quedó. ¿Habrían cambiado la fórmula? ¿Ilusión, realidad? Quién sabe. Como se ve era muy poco, casi nada; pero he aprendido a tomar en serio mis percepciones, por más fugitivas que sean.

Sucedió que más o menos al mismo tiempo (no sé si el mismo día o el siguiente) empecé una caja nueva de cartuchos de tinta para la lapicera. También en este caso liso siempre la misma marca y el mismo color («azul lavable»). Pues bien, cuando me puse a escribir con el cartucho nuevo sentí por un instante (había hecho un solo trazo, que era un número, el «1») que la tinta estaba más aguada. Ya en el resto de ese primer renglón la impresión había pasado: o me había equivocado antes o me había acostumbrado ahora: la tinta fluía como siempre, y el color parecía el de siempre. Me tomé el trabajo de comparar con la escritura de páginas anteriores de ese cuaderno, y si había alguna diferencia, era imperceptible. Pero el hecho era que mi cerebro había registrado ese *minus* mínimo de densidad; que respondiera a algo objetivo o no, era secundario. Y no creo que se debiera a una sugestión por causa del champú, porque tardé un día en hacer la relación entre una cosa y otra.

No sólo tardé un día, sino que lo advertí, podría decirse, «retrospectivamente», después de que hubiera un tercer incidente con el que pude «triangular» los otros dos. Había comprado una lata de té, el que tomo siempre, Lapsan Souchong. Me preparé una tetera a la tarde, me senté, me serví una taza, esperé a que se enfriara un poco, con una revista en las manos, y cuando tomé el primer sorbo, totalmente distraído por el artículo apasionante sobre arqueología que estaba leyendo... encontré, o creí encontrar, su sabor ahumado característico un punto menos marcado que lo habitual, como si hubiera puesto más agua (muy poco más: una gota) o menos hojas (una hoja) en la tetera. Más diluido, más flojo. Por supuesto, podía haberse producido esa variación al prepararlo, pero era raro: nunca me pasa. Lo hago de modo mecánico, siempre igual. En el segundo sorbo, que lógicamente sabía igual que el anterior, la impresión se disipó. Sólo quedaba el recuerdo, tan frágil e incierto, del primer contacto de los labios y la lengua con el té. Me quedé pensando, y fue ahí cuando hice la relación con el champú y la tinta.

Buenos Aires es un laberinto inmenso, que nunca se termina de recorrer. Para mí, que no conozco otras ciudades, es la más grande, la más misteriosa, y aunque hace treinta y cinco años que la recorro en todas direcciones, la más desconocida. Lamento no haberla estudiado de modo más sistemático, en tanto tiempo que he pasado en ella. Muchas veces me lo propuse, pero siempre hubo algo que me distrajo. Quizá sea mejor así, porque me queda mucho por explorar y descubrir, y mientras pueda desplazarme voy a seguir teniendo lugares que ir a conocer. No sé qué voy a ganar con eso. Quizás emplear el tiempo con una diversión barata.

Últimamente le encontré una utilidad a esas ignorancias parciales, sin necesidad de envejecer y agotar otras actividades. Empecé a pensar que hay muchas cosas que pasan en el mundo de las que no me hago una idea clara, y en realidad creo que nadie se la hace. Guerras, conflictos sociales, cambios de gobierno, catástrofes, o simplemente el curso de la historia en algún país lejano (también puede ser cercano, porque de hecho todos están lejos). Toda mi vida me conformé con leerlo en el diario, y siempre tuve la impresión de quedarme afuera, comparándolo con la historia que he vivido aquí en Buenos Aires. La presencia real, en lugar, es otra cosa. Nada se le puede comparar. Los artículos en los diarios, las fotos, los mapas, la televisión, todos mienten de un modo u otro. Lo que yo quería era la sensación de realidad, la experiencia vivida.

¿La quería, de verdad? ¿O era un encaprichamiento ocioso, un rizo más de la fantasía de una mente tan desocupada que ya no sabe lo que es la ocupación? Porque la alternativa más lógica era ponerme a estudiar en serio la situación mundial, investigar los antecedentes, leer libros, y después interpolar con mi experiencia personal; es lo que haría cualquiera con intenciones serias en la materia. Quiero decir, esa sería la alternativa a viajar, cosa que por supuesto está más allá de mis posibilidades. Pero lo que debo de haber pensado fue que los ciudadanos de Chechenia o de Kosovo, o las víctimas del Khmer Rojo o de la ola gigante en Japón no necesitaban leer libros ni estudiar para saber lo que les estaba pasando. Al revés, seguramente con los libros se distanciarían de los hechos y perderían la inmediatez de la experiencia. La pregunta entonces es: ¿por qué quería yo tener esa experiencia directa y vivida? ¿Acaso ellos la habían tenido del peronismo, del Proceso, etc., como la había tenido yo? Para esto no tengo respuesta.

En fin, sea como sea, lo que se me ocurrió fue que yo podía saciar mi sed de conocimiento de primera mano de las condiciones materiales en que sucede la historia contemporánea, aprovechando mi ignorancia de tantos repliegues de esta gran ciudad en la que vivo. Me bastaba con tomar un hecho, digamos los bombardeos norteamericanos a Irak, «ubicarlo» en algún barrio porteño que no conociera, con

ayuda de la Guía T, y trasladarme allá en un colectivo. Lo único que necesitaba era tiempo, del que dispongo en abundancia, y buena voluntad. No diré «fantasía», porque justamente se trataba de anular el tipo de imaginación que se pone en juego con las noticias que vienen de lejos. Los huecos que el lector de diarios corriente llena con la imaginación, yo los llenaría con mi presencia real, con los cinco sentidos, con el tiempo y el clima envolviéndome en el «lugar» de los hechos.

La primera prueba, que hice un domingo de verano con «Bagdad al día siguiente del bombardeo» (el ejemplo que di en el párrafo anterior no era un ejemplo en el sentido clásico, sino que era la cosa en sí; en realidad todo esto era un experimento en ejemplos), en un barrio, no lejos de mi casa, donde no había estado nunca, pasando la Avenida de la Cruz, fue un éxito completo: superó mis expectativas.

Era inevitable que de tanto perderme en arrabales sospechosos terminaran asaltándome. Habría sido un milagro que no me pasara. Cualquiera podría haber dicho que «me lo busqué», sobre todo hoy en día, con el auge de la delincuencia que está asolando la ciudad. En realidad no lo busqué conscientemente, pero lo encontré de todos modos, y las consecuencias del incidente fueron de largo alcance: causaron una transformación en mi vida.

Una más que le debo a la delincuencia, que tanto me ha dado, bueno y malo. Bueno y malo, pero en definitiva bueno, porque fue lo único que palió el déficit de experiencia que tan gris y aburrida ha vuelto mi biografía. En eso me diferencio del resto de mis conciudadanos: en las vidas de ellos la delincuencia interviene una sola vez, en alguna ocasión culminante y catastrófica, siempre para quitarles algo. Si se repite, no lo pueden creer, lo toman como una coincidencia especialmente malévola, como no acertar dos veces a la lotería por un solo número. En mi vida en cambio la delincuencia ha seguido apareciendo, a intervalos irregulares (pero a su modo puntuales) y siempre lo hizo para enriquecer mi destino, para abrir caminos nuevos, justo en el momento en que los caminos viejos parecían haberse cerrado.

Sucedió una tarde de domingo a última hora, cerca de la intersección de las avenidas Varela y Perito Moreno, donde yo andaba reviviendo no sé qué avatares de la lucha de clases en Indonesia. Es una zona de baldíos, fábricas, clubes de fútbol, y por ahí empiezan (o terminan, según de dónde venga uno) esas «ciudades dentro de la ciudad» que son las villas 11 y 14. El asalto estuvo a cargo de tres jovencitos que me trataron de «viejo puto» y me despojaron de lo que llevaba en el bolsillo (unos pocos pesos), el reloj y la campera. Por algún motivo, no los consideré «tres» sino «dos y uno», en efecto, uno de ellos era más bajo y gordito que los otros dos, y me pareció más lindo, o más simpático, cosa extraña dadas las circunstancias; también me pareció que se comportaba distinto, aunque eso pudo ser una impresión subjetiva. No hicieron exhibición de armas, seguramente porque no las tenían. Todo el incidente duró menos de un minuto. Me quedé mirándoles las espaldas hasta que dieron vuelta en la esquina. Tardé todavía un rato en formular el recuerdo que ya me había venido a la mente: «Martín». A ese joven, el que había singularizado entre los tres, yo lo conocía. O creía conocerlo... De todos modos, era una larga historia.

¿Podía ser Martincito? Como poder, podía. Ahora, que fuera, era otra cosa. Lo había visto de recién nacido, durante su primer año de vida, cuando la madre lo llevaba en un cochecito en sus salidas por el barrio, a hacer las compras o a la plaza. Entonces era un bebé como cualquier otro, con la única característica saliente de que tenía el pelo parado: se lo dejaban bastante largo y cada pelo se elevaba en línea recta, perpendicular al cráneo redondo, como un pincho. Después perdí de vista a la

madre y al hijo, hasta una ocasión, diez años después, en que al entrar en un supermercado vi a un chico en la puerta, con un perrito sujeto a una correa, esperando a sus padres (supuse). Y al verlo pensé, sin ningún motivo claro: «Martín». Podía ser o podía no ser: sólo coincidían, aproximadamente, la edad y el tipo, pero estos eran comunes a miles de niños que veía todos los días. Y sin embargo, era, porque dentro del supermercado me encontré cara a cara con la madre. Fue la última vez que hablé con Florencia, la última vez que la vi. Quedé boquiabierto, anestesiado, y las palabras me salieron automáticas y triviales. Ella me reconoció de inmediato, me respondió con ese modo suave tan propio de ella, un poco intimidado; le pregunté por su familia, por sus hijos (no le dije que había visto a Martincito en la puerta, por lo que después me quedó la duda de si realmente había sido él), por sus tíos; a todo respondió que no había novedades, que todos estaban bien, como siempre. No me hizo preguntas a mí: debía de saber que yo me había hecho homosexual y que no había nada de mi parte de lo que ella quisiera enterarse sin incomodidad. Pero esa breve conversación fue importante para mí. No importaba que, en su banalidad, sellara la definitiva separación de nuestras vidas y le pusiera un final (más allá del fin) a mis esperanzas; aun así yo rescaté el encuentro, la vibración, la dulzura que me infundió. La sonrisa de Florencia. Esa sonrisa tan hermosa, tan misteriosa, que venía del fondo de mi juventud y en cuyo reconocimiento yo encontraba, contra toda razón, una continuidad, una supervivencia. ¿De qué? No habría podido decirlo. De un anhelo de amor, que aunque estaba muerto y enterrado seguía viviendo, o por lo menos seguía siendo. De ese encuentro casual en el supermercado, de esos minutos, se alimentó después durante años mi felicidad. Es poco, se dirá, pero mi felicidad siempre ha sido un fantasma.

De eso habían pasado unos quince años. Este Martín, si era el mismo, ya era un adulto. ¿Podría haberlo reconocido más allá de todos los cambios de la adolescencia y de los veinte años? Era un poco absurdo, pero pensé que por algo me había venido a la mente su nombre, de la nada. La vez del supermercado había reconocido, sin intención ni aviso, a un chico de diez años a partir del recuerdo borroso de un bebé. Me había quedado inmóvil en el sitio del asalto, mirando la esquina por donde habían desaparecido. Si las circunstancias se repetían de verdad, es decir: si existía la magia, ahora tendría que aparecer la madre. Pero por supuesto, la magia no existía. Por un instante estuve tentado de precipitarme tras ellos, seguirlos, averiguar dónde vivían... Era inútil. Ni soñarlo. No podían haberse dado condiciones peores para seguir a alguien. Pero la urgencia persistía, y aun cuando partí en la dirección opuesta, rumbo a mi casa (tenía que caminar, porque no me habían dejado ni las monedas para el colectivo), completamente olvidado de los problemas políticos de Indonesia, la sensación de urgencia me transportaba, me apretaba el pecho y a la vez me abría al paisaje. En una palabra: me despertaba.

Mi historia con Florencia se remontaba a mi primera juventud, a los primerísimos meses de mi llegada a Buenos Aires. Nos había presentado una señora tía suya,

empleada municipal; Florencia era tan joven como yo, quizás un poco más y, lo mismo que yo, acababa de llegar a la gran ciudad; estaba viviendo con la tía y buscaba trabajo. Debería decir que me enamoré de ella al verla, pero eso no lo supe hasta mucho después. De todos modos ese día me marcó, cambió mi vida. En las elaboraciones posteriores llegué a pensar que ella había sentido algo por mí. Quizás estábamos predestinados a encontrarnos, a amarnos. Como todos los jóvenes, yo estaba demasiado ocupado conmigo mismo para percibir nada del mundo, ni siquiera lo que me concernía del modo más apremiante. Fue un amor platónico, a distancia, un amor imposible que se hacía más imposible cada día. Nos vimos cotidianamente durante unos años, después menos... Fue como si ella desapareciera, aunque seguíamos viviendo en la misma cuadra. Supe que tenía novio, lo que me produjo una mezcla inconcebible de celos y alivio. Su vida definitivamente tomó otro rumbo, la mía se precipitó en una sucesión de catástrofes. Al fin un día supe que estaba casada, después que había tenido un hijo: Martín. Alguna vez hablamos en la calle y le elogí al bebé, me enteré de su nombre; de sus otros hijos ya no supe cómo se llamaban, creo que tuvo otros dos. Había engordado, usaba anteojos. Me saludaba cuando me veía por la calle, pero después dejó de hacerlo, y creí que ya no me reconocía.

Cuando nos topamos cara a cara en el supermercado, bajo las fuertes luces blancas, todo sucedió con naturalidad. Recordamos los viejos tiempos, no supe qué decirle, qué preguntarle. Me sentí avergonzado de mí mismo, rogué que no supiera nada de mis hazañas, y de verdad parecía no saber. Eso fue todo.

El caso es que yo nunca tuve experiencia, verdadera experiencia sólida y continua. Mi vida se desarrolló por dos carriles paralelos, el imaginario y el real, que se tocaron aquí y allá, fugazmente, por pura casualidad. De modo que mis recuerdos son un zurcido al azar de momentos aislados.

Pero, pensé, ¿no podía poner eso a mi favor, por una vez? ¿No podía recuperar toda la experiencia perdida de una sola vez, en un gran estallido que me compensara de la suma de las oportunidades perdidas? Si los que han vivido su vida como una sucesión de bloques normales normalmente encadenados tienen lo que se merecen en el momento en que corresponde, quizá yo, que había vivido una vida de lapsos espasmódicos puestos cabeza abajo, podría arreglármelas para crear, a los cincuenta años, mi gran amor adolescente. No tendría que recordarlo con nostalgia: lo viviría. Es cierto que de esos proyectos había tenido muchos, muchísimos, y siempre quedaban en la nada. ¿Pero este caso no era distinto? No era un caso más porque era el origen de mi inadecuación, la fuente primigenia de todos mis fracasos. No haber hecho realidad mi amor por Florencia me había mutilado en todo lo que siguió. Y ahora de pronto se me presentaba la ocasión de volver a empezar, y como el tiempo y la edad habían trastocado irremediablemente la situación, no debía preocuparme por el éxito o el fracaso convencionales.

Creo que era un poco exagerado hablar de «ocasión». ¿Qué ocasión? Había habido apenas un encuentro fugaz con un desconocido que me había hecho pensar,

quién sabe por qué, en el hijo mayor de Florencia. Aunque fuera él, no sabía dónde encontrarlo; apenas si lo había visto perderse en el laberinto insondable de la gran ciudad.

Pero era algo. Había llegado a la avenida Varela, en mi mediatibunda retirada, y estaba a punto de cruzar la Perito Moreno, cuando recapacité. Estaba haciéndose de noche, no tenía un centavo en el bolsillo, estaba a kilómetros de mi casa. Pero mi felicidad estaba en juego, y me sentí feliz por anticipado, y aventurero. De modo que en lugar de cruzar volví sobre mis pasos, y doblé por una de las callecitas que partían rumbo al sur. No sabía adónde podía conducirme. Era como si volviera a Indonesia.

Cuando esa calle empezó a torcerse y se acabó el asfalto, ya era de noche. Había perros, baldíos, casitas precarias pero no era una villa miseria: las villas habían quedado atrás. Después de dar varias vueltas que terminaron de extraviarme, desemboqué en una zona comercial, sobre una avenida. Fue como si apareciera en otra ciudad, escondida ahí a la vista de todos, una ciudad extranjera, del Tercer Mundo, llena de vida en la primera noche.

¿Dije que me sentía «feliz por anticipado»? Debo corregirme. La felicidad no se siente antes de tiempo porque crea su propio tiempo, su presente maravilloso.

La voy a hacer corta porque detesto esos relatos en los que no pasa nada, y justamente de lo que se trató esta vez, después de una vida entera de postergaciones, fue que pasó algo. La encontré, hablamos, y le pregunté si quería coger conmigo. No sé bien cómo me atreví; debo de haber pensado que no tenía nada que perder, o que era mi última oportunidad. O quizá fue simplemente que había llegado el momento, y tenía que suceder, y ni siquiera mi timidez y mi torpeza pudieron impedirlo.

No fue ese mismo día, sino casi una semana después. Yo me había tomado las vacaciones que me debían en la fábrica (trabajo en una procesadora de poliuretanos expandidos, en la administración), y me dediqué a rastrillar ese barrio lejano hasta dar con ella. Se lo oculté a Aldo, mi pareja; salía a la hora de siempre, como si fuera a la oficina, y volvía a la tarde, realmente cansado, sin ganas de nada.

No la reconocí de entrada. Algo me hizo sospechar que era ella, y la estuve siguiendo dos días. Al tercero estaba tan impaciente por verla que supe que era amor; y como yo había amado una sola vez, comprendí que era ella. Además, para entonces ya la reconocía. No se parecía mucho a la Florencia de mi juventud, pero habían pasado treinta años, y nunca he sido buen fisonomista. Ella tampoco me reconocía a mí y, después de las primeras palabras que intercambiamos, vi que en realidad no me recordaba. Quise hablarle de mí, de ella, pero me contuve a tiempo. ¿Para qué crear malentendidos? En estos casos hay que ceñirse a lo básico, a lo más fácil de comprender y aceptar. Y eso se resumía en una sola cosa: yo la quería. Habría tenido que ser muy distraída para no darse cuenta. Y lejos de serlo, era pura atención. La irradiaba, al punto que yo mismo, que vivo en Babia, me sentía despierto, con todos los sentidos alerta, como la Historia en el momento en que sucede. En eso, como en todo lo demás, era una mujer de pueblo. Buscaba su provecho, su ventaja, en todo lo

que pasaba, y por eso no descartaba nada, nada le era ajeno. Necesitaba tan poco, en su humildad, que no le hacía ascos al hecho más nimio: una hoja que cayera de un árbol, un perro que cruzara la calle, alguien que miraba el cielo. Como nadie le había dado nada, no se cruzaba de brazos esperando que lo hicieran y salía ella misma a buscarlo.

Pero eso mismo, que a un miembro de la clase media habría vuelto un monstruo de egoísmo, a ella la hacía altruista y volcada al prójimo. Era casi desinteresada, en su plenitud de atención. Porque las ventajas que buscaba eran tan pequeñas y tan inmediatas, que no le importaba que fueran para ella o para otros. ¿Cómo una mujer así iba a dejar pasar la ocasión de acostarse con un hombre? Quiero decir, si la ocasión se presentaba ya madura y coherente. Le habría dado el sí hasta a un completo desconocido, cuánto más al hombre que había hecho de ella la obra maestra de su memoria. De modo que de pronto estábamos abrazados desnudos en la cama de un hotelito por horas, haciendo el amor. Fue abrupto, automático. Se dio porque tenía que darse. Después de todo, si yo había perdido mi oportunidad, treinta y pico de años atrás, también se la había hecho perder a ella, y ahora los dos estábamos con la última hebra de nuestra juventud en las manos, jugándonos el todo por el todo. Era sí o sí. Y fue sí.

Pero no quiero contarlo. ¿Para qué perder tiempo y energía en narrativas sin objeto? ¿Para qué contar las cosas que pasaron? Pasaron o no pasaron. Si pasaron, fue porque pasaron, y ya está todo dicho. Para contar algo y que se entienda hay que entrar en detalles, en todos los detalles, uno por uno, y no hay cosa tan engorrosa, tan hinchapelotas. Siempre hay un detalle cuya ocurrencia depende de otro detalle, y cada uno consume palabras y frases como un fuego consume oxígeno. La inutilidad de esa acumulación abrumba.

Creo que en este punto he alcanzado el límite al que llegaba el relato. Desde aquí puedo ver que el relato era un epifenómeno de mi timidez, morbosa y paralizante. La timidez engendraba la narración para compensar la falta de experiencia, pero desde el momento en que la timidez cesó, el relato perdió su función, y puedo verlo como el armatoste pesado e incómodo que fue siempre. ¡Qué alivio, liberarme!

Como dije, fue automático: un motivo más para no contarlo. Los hechos salieron fatalmente uno del otro. Si encontré a Florencia, después de treinta años de no buscarla, ¿qué otra cosa decirle? «Te quiero. Siempre te quise. Quiero acostarme con vos». Y si se lo dije, ¿qué me iba a contestar? Para decir que se negó o que vaciló o que puso condiciones, debería inventar. Y una vez que dijo que sí, ¿qué íbamos a hacer? Y una vez que llegamos a la escena en que estamos cogiendo, ¿qué queda por contar? Coger es la experiencia por excelencia, la experiencia en sí, refractaria a la narración. La mecánica de la cópula es siempre más o menos la misma. La idea de contarla produce una especie de pudor. No es de caballero aburrir al interlocutor con esas viejísimas repeticiones. Queda lo que uno sintió (¡qué lindo! ¡cómo gocé!) lo que es bastante repugnante. Y tengo entendido (aunque no sé bien por qué me hice

esta idea) que la clave para que el hecho se repita y multiplique es la discreción. Las mujeres adivinan de algún modo el nivel de discreción del hombre que se les propone, y sólo cuando este nivel es máximo se entregan de una; si no, lo piensan.

No ignoro que hay muchísimos tipos vulgares y locuaces que corren a contarlo no bien lo han hecho. Por lo visto, no les importa el futuro. «Después de mí, el diluvio... de relatos». No sé en qué estarán pensando. Quizá se imaginan que el tiempo va a recomenzar de cero, por una especie de aniquilación causada justamente por el vómito narrativo.

Con todo, en ese encadenamiento automático queda pendiente un eslabón, el primero. «No sé cómo me atreví».

¿Cómo me atreví? Esa pregunta es lo único que me separa de la precipitación en el flujo absoluto de lo real, el único dique a la disolución definitiva del relato. ¿Pero qué importa cómo fue? La explicación es lo de menos. El premio fue grandioso. Por más que hubiera anticipado, fue más. Porque fue la experiencia real. De algún modo yo me había hecho la idea, con el correr de los años (¡de las décadas!) de que Florencia era un ideal, un imposible, y resultó que estaba ahí, al alcance de la mano, tan fácil de tomar como dar un paso, como pedir una cerveza en el bar de la esquina. No tuve nada que lamentar por haberme atrevido. La tenía en mis brazos, entregada, sedienta de experiencia ella también. Y era hermosa, mucho más hermosa desnuda que vestida. Era una señora de cincuenta años pero la edad no la había marchitado, todo lo contrario le había dado una densidad interminable. Justamente lo que ella me entregaba, con la inocencia de la adolescente de la que yo me había enamorado treinta años atrás, era la superficie gloriosa de su piel. Y yo me preguntaba: ¿por qué a mí? ¿Sólo porque se lo pedí? Y al mismo tiempo no me lo preguntaba, no me preguntaba nada: me arrojaba de cabeza en ese océano de sensaciones insólitas y avanzaba, ciego y loco...

No voy a contar las cosas que hice, porque sería pornográfico. Muchas veces me he preguntado, como se han preguntado otros, por qué la pornografía es tan insatisfactoria. Por qué esas películas son tan torpes, tan poco eróticas. Ya sé que hay explicaciones. Pero aun así, uno se pregunta por qué no siguen la simple lógica del asunto, es decir hacer una película como cualquier otra, y en el punto donde las demás películas se detienen, seguir, ya que no tienen ninguna censura o tabú que las detenga. Es decir, por qué no hacen toda la historia, y la siguen más allá de donde llegan todas las historias. Sería tan fácil, y sería tan revolucionario, tan nunca visto. Pero no: van directamente a ese más allá, lo toman en sí mismo, desprovisto de los antecedentes que lo generan y justifican, y así lo vuelven algo extraño, casi sobrenatural, imposible de aplicar o identificar con la experiencia real. Algo parecido sucede con la música contemporánea: ahora que ha caído toda censura sobre las rupturas de la tonalidad, de la estructura, de la armonía, ¿a nadie se le ocurrió hacer música convencional y avanzar sobre todas las libertades, que ahora son posibles? Si a alguien se le ocurrió, no lo hizo. La música contemporánea va directamente a esa

completa libertad, empieza con ella, con lo que se pierde toda posibilidad de suspenso, de progresión, de expectativas realizadas. Es algo extraterrestre, que no se puede relacionar con el concepto habitual de música.

Con Florencia yo podía ir hasta el fondo porque no había habido comienzo. Podía ser un animal, un verdadero bruto, realizar toda mi biografía sexual de una sola vez, porque no había un compromiso de humanidad en el que hubiéramos empezado. El comienzo quedaba velado en ese salto sin relato. Era experiencia, pero al mismo tiempo no lo era. Porque toda la experiencia se había consumado, se había quemado como una bengala, en la noche instantánea del instante en que me atreví. Y sigo preguntándome cómo pude atreverme.

Aun así, hay algo que debo decir, si es que no lo he dicho ya: Florencia era la primera. Mi primera mujer. Y no porque no las hubiera buscado: había dedicado años enteros a la cacería, sin resultados. A nadie le pasa. A mí sí. Una combinación de timidez, torpeza y mala suerte. Lo intentaba, o creía que lo intentaba, pero no llegaba a nada. Hay que decir la simple verdad. Yo me hice puto porque nunca pude conseguir una mujer. Así de simple fue. Nunca me atreví. Ya se ve si tengo motivos para preguntarme ahora «cómo me atreví» con Florencia: quiero decir, con la Florencia reaparecida, no con la original, la joven, con la que no me atreví: con la joven habría sido normal, y mi vida en lo sucesivo habría sido normal. En cambio, al no pasarme es no me pasó nada. Y ni siquiera me quedó la posibilidad de explicarlo, por ejemplo en una novela, porque no hubo una trama que le diera sentido a la falta de experiencia: las tramas tienen que suceder, y si a mí me hubiera sucedido algo, no estaría donde estoy.

Nunca me atreví a pasar la raya de lo real, que es tan simple como dos palabras dichas en voz alta: ¿quieres coger? Siempre hubo algo insuperable antes: el instante anterior, que era infranqueable por el solo hecho de existir y estar ahí.

Y ahora, a mi edad... Si yo me hubiera acostado con Florencia a los veinte años, como era la intención de la tía de ella que nos presentó, mi vida habría sido una más, como la de todos. Ahora, recuperar la posibilidad era, paradójicamente, la aventura, lo que a mi edad los hombres ya no tienen. Quizá debo agradecer el curso de los hechos.

Claro que si realmente fuera cierto que nunca me pasó nada (y seguramente estoy exagerando) ¿cómo pude llegar a la edad que tengo? Bueno, eso es lo que no entiendo, y me inclino sobre el concepto de «experiencia» con una perplejidad sin límites.

Esto me trae a la memoria un incidente perdido. Una vez, hace muchísimos años, fui a pasar una semana en la playa: conocí el mar, me bañé, tomé sol... Fue una sola vez, pero fue real. Del mismo modo, si me pusiera a hacer el inventario, encontraría otras muchas cosas con las que desmentir esa falta de experiencia de la que me jacto paradójicamente. Con todo, ese episodio vacacional no se repitió. Pero iba a esto. Cuando estaba en el mar, noté que al meterse en el agua a jugar con las olas, todos

rejuvenecen, hasta los viejos; una abuela en malla chapoteando se hace deseable como una muchacha, lustrosa, saltarina. (Hay que decir que es asombroso que ni siquiera allá, con el relajamiento que suele reinar en esos sitios, yo haya conseguido una mujer; es cierto que fueron pocos días, siete nada más). La experiencia hace lo mismo que el mar: rejuvenece. ¿Por qué? Creo que es por la torpeza de luchar contra un medio que no es connatural a uno.

Esa vez en la playa, para hacer más memorable mi pequeña excursión, se me ocurrió el único argumento con el que podría haber escrito algo y haberme vuelto un escritor. La idea giraba alrededor de un bañista imprudente, pero con suerte: tanto que al meterse en el mar hacía que se ahogaran o corriera serio peligro todos los demás, todos los otros bañistas presentes en ese momento en esa playa, mientras que a él no le pasaba nada. Como elementos circunstanciales con los que dar color a este relato habrían estado la bandera roja, la azul, la blanca, todas las banderas que se ponen en los balnearios, y además la resaca, las corrientes, los calambres, el cansancio, y sobre todo el juego impredecible de la rompiente. ¡Qué lástima no haberla escrito! Seguramente no lo hice porque me pareció un entretenimiento ocioso y en el fondo sin sentido. Ahora que veo la equivalencia con la experiencia, veo que podría haber tenido algún valor. Quizá mi error estuvo, y sigue estando, en encarar el concepto de experiencia directamente, y no a través de la literatura.

Pero yendo al aspecto más práctico: ¿cómo pudo ser? Si todos encuentran, a la larga, una mujer con la que aparearse, ¿por qué yo no? Es la ley de la vida, y sin embargo conmigo no funcionó. Porque se trataba de una mujer, una nada más. Era todo lo que se necesitaba. ¿Y acaso no hay una mujer que le esté destinada a todo hombre, una mujer que viene a engancharse directamente con uno, y que no se puede esquivar ni queriendo? ¿Cómo pude no tenerla yo? Aunque, ¿por qué tiene que ser así? Esto de la mujer destinada (la mujer fatal), podría ser algo estadístico, y por ello tener excepciones. O tal vez no: tal vez funciona a partir de las excepciones.

Mi vida en general, salvo algunos tropiezos juveniles, sucedió en un marco de razonable eficacia: me las arreglé para ganarme el sustento, lo que no es fácil, y socialmente soy uno más. ¿Entonces por qué no pudo pasar nada con las mujeres? No necesito decir que le he dado mil vueltas al problema en mi cabeza. La clave de toda la cuestión está en esa convergencia de subjetividades. Yo quiero coger, ella también (o: ella no). Supongamos que las dos proposiciones son sendos triángulos con los vértices introduciéndose en la realidad. ¿En qué geometría extraña se produce la reunión?

Pero eso es muy metafísico. Puede haber modos más realistas de verlo. Uno de ellos es el siguiente: en la vida hay intereses generales y particulares. O mejor dicho: cuando hay un interés particular, todos los demás intereses se reúnen en un grupo de «lo general». Mi interés particular en este punto ha sido conseguir una mujer, llevarla a la cama. Eso deja fuera todo el resto (que es mucho), y ahí quizás está el punto. Es decir, mientras yo estoy pensando en el sexo, ellas están pensando en todo lo demás:

en sus vidas, su trabajo, su familia, la casa, la ropa, etcétera. Y como lo particular y lo general nunca se tocan, resulta que hablamos dos lenguas distintas. Ellas no me entienden.

Y sin embargo, Florencia sí me entendió. No sé cómo pasó; o sí sé, pero para decirlo tendría que contarle, y no quiero. Lo general y lo particular se comunicaron al fin. (Aunque no fue el caso, hay un tema que puede dar resultado en estas divergencias: el dinero, que es general y particular al mismo tiempo. Quizás eso es lo que hace funcionar la prostitución, que es una solución *sui generis*, o más bien un cortocircuito, a un problema como el mío).

En fin: el principio y el fin de todo el asunto es que no voy a contarle: no veo el objeto. En el relato se mezclan injustificablemente lo particular y lo general, y lo único que se consigue es quebrar la bella simplicidad de la vida, crear una confusión, volver a generar un laberinto donde se abría un lindo camino en línea recta. En todo caso, si es necesario, y sólo si lo es, hay que «decir». Nunca «contar». Decirlo, o anotarlo, como ayudamemoria; pero con el mínimo, con una palabra nada más: una taquigrafía, en lo posible con símbolos personales para que nadie sienta la tentación de curiosear, sobre todo si se trata de hechos tan personales como los míos. Yo en realidad nunca tuve la intención de ser un escritor; ya dije que en toda mi vida se me ocurrió un solo argumento, el de la playa. Pero aunque hubiera querido hacer un libro, podría habérmelas arreglado sin contar nada (ni siquiera esa historia del bañista imprudente): habría bastado con hacer como en las escrituras orientales, que repiten y repiten siempre lo mismo, como una letanía, y con eso pueden llenar un volumen de doscientas páginas. Esas repeticiones, que tanto impacientan a los lectores occidentales mal acostumbrados por la proliferación de relatos, tienen la función de crear una lentitud moral o espiritual; modifican el tiempo, lo ponen en otra onda. Llevado a sus últimas consecuencias, este método podría terminar deteniendo el tiempo por completo... con lo que estaríamos en ese instante clave (¿cómo me atreví?) en el que se abrió sorpresivamente mi vida.

Hasta entonces yo había estado tan concentrado en ese momento que lo había tomado por un desenlace y no había pensado en nada por allá. Pero, por supuesto, la vida seguía. Y me di cuenta, no sin sorpresa, de que me había enamorado. Muchos años atrás me había enamorado de Florencia, de la niña tímida y hermosa, y había sido mi sueño durante toda mi vida. Ahora mi vida se plegaba sobre sí misma y me volvía a enamorar de la misma Florencia, y dadas las circunstancias tan curiosas, volvía a ser la primera vez, el primer amor. No tenía que compararlo con nada, porque era el mismo. De pronto el amor le dio su color a todo mi mundo. La superficie de la realidad se enfundaba en un estampado transparente en el que se repetía Florencia miles de veces, siempre igual y siempre distinta. Me descubrí el hábito mental ocioso de pensarla en distintos papeles, como un personaje humorístico o legendario: Florencia enfermera, Florencia boxeadora, Florencia exploradora...

Nos encontrábamos en un café a medio camino de su barrio y el mío, y de ahí saltábamos a un hotelito... Podría haber sido bastante sórdido de no ser por el lujo de la carne. Y para ella era realmente lujoso. Para todas las mujeres, los hombres son un lujo: son oro puro, y ya se sabe todo lo que se puede hacer por el oro. Pero para Florencia además era lujo en sentido literal, porque era pobre. Siempre había sido pobre, nunca había salido del nivel de la supervivencia, en los distintos avatares que había tenido su vida. Poco a poco me fui enterando. Lo «general» empezó a abrirse también para mí, y eso marcó el fin de la etapa romántica de nuestro amor. Ella era de las que lo dicen todo. No tenía nada que ocultar, y menos a su amante. Para mí no fue una decepción, todo lo contrario. Las condiciones tan especiales en que se había desarrollado mi vida hacían que para mí la realidad también fuera romántica. Se me presentaba envuelta en una extrañeza gótica, aventurera. Florencia no tenía inconvenientes en lanzarse en interminables relatos, ni yo en escucharlos boquiabierto y pedir más. Viniendo de ella, era distinto.

Por mi parte, me cuidé de contarle nada. Le dije que estaba casado, que no tenía hijos, que mi matrimonio era triste y rutinario. Lo cual era más o menos cierto. Sólo cambié el detalle del sexo de mi pareja. Le dije que se llamaba Alda.

Me sorprendió diciéndome que ella en realidad a su marido no lo conocía. ¿Cómo que no lo conocía? ¿Qué quería decir? No, no lo conocía. Sentí un escalofrío, como si me rozara el ala de la locura. Pero se explicó: era un hombre retorcido, imprevisible, egoísta... ¡Ah! Era una metáfora. «No lo conocía» en el sentido de que no sabía cómo iba a reaccionar, con qué iba a salirle. Pero también había una punta del sentido directo porque (y aquí volví a sobresaltarme) no era el primer marido. ¿Cómo que no era el primer marido? ¿Cuál otro podía ser? ¿El «segundo»? Sí, era el segundo. No era el que yo había conocido, el de la juventud. Ese era bueno, considerado, dulce; ella lo había amado. Con aquel yo no habría tenido chances, ella le habría sido fiel. Empecé a entender mejor la situación, a hacerme un cuadro más completo, en el que las partes encajaban, paradójicamente, gracias a que provenían de diferentes dimensiones.

El primer marido la había abandonado. Sin ningún motivo visible, se había conseguido otra mujer. Primero se fue a Rosario, con un trabajo, ella no pudo seguirlo porque tenía su trabajo aquí; no volvió nunca, y en realidad no volvieron a verse, ni hablaron por teléfono ni se escribieron. La separación se dio naturalmente, con el paso del tiempo. Los hijos viajaron, pasaron un verano con él, y al volver le contaron que había ingresado en una secta evangélica y estaba viviendo con una mujer y tenía un hijo. No se lo reprochó demasiado, casi lo justificó. Ella siempre había sospechado que a él le gustaban las mujeres bajitas y delgadas; en cierto modo, casarse con ella había sido un error, un accidente. No es que la hubiera tratado mal, o despreciado, o engañado. Tampoco que no la quisiera. Pero ella se daba cuenta de que se preguntaba a sí mismo cómo era que podía haber terminado casado con «la mujer montaña» como la llamaba cariñosamente.

Por su parte, ella tampoco siguió sola mucho tiempo. Conoció a otro hombre, se vino a este barrio, hubo más hijos, y hela aquí casada, una señora, exactamente como antes, pero con otro, Aunque no «exactamente», porque este era malo. Era un castigo. No había sabido conservar ningún trabajo, habían decaído en una falta de medios alarmante. Hasta cartonero había sido, y ni siquiera eso lo había hecho bien. La historia me dejó triste.

—¿Y ahora? —le pregunté.

—¡Si te contara!

¿Cómo? ¿Había oído bien? ¿Si me contara? ¿Y qué había estado haciendo hasta entonces? Evidentemente, había niveles del relato. Ella consideraba que todavía no había empezado, al menos no había empezado con lo que le importaba. Pero yo sentía que todo relato era una amenaza a mi amor. Miré el reloj y puse cara de espanto.

—¡Pero qué estamos haciendo aquí! Ya deberíamos estar... donde vos sabés.

Sonrió, y su sonrisa me transportó de inmediato al corazón de nuestra relación, donde me sentía más cómodo.

—Después te voy a contar —me dijo.

¿Después de qué? ¿Sería su forma secreta de referirse al amor? ¿Sería el amor la condición para revelar su secreto? A esa altura (los relatos realmente nos habían demorado: mi escándalo frente al reloj no era una exageración) yo me había tomado dos *whiskies* y estaba positivamente ebrio. Por lo general tomaba uno, para darme ánimos. Para portarme más como un animal en la cama. Le pegaba y le gritaba obscenidades. Ella quedaba con un aire satisfecho, y yo sentía como si estuviera almacenando todas mis conductas animales, para tener bonitos recuerdos cuando fuera viejo. No sé si sería así realmente, pero me gustaba pensarlo; me daba ánimos para avanzar por ese camino.

De modo que corrimos al hotelito, yo haciendo eses, viendo todo a través de un velo transparente... como si no fuera a tocar nunca lo que veía, lo que me daba la maravillosa libertad de tocarlo... Tengo muy poca resistencia al alcohol y creo que era la primera vez en mi vida que tomaba dos *whiskies* al hilo. Cuando quedamos solos en el cuarto, me precipité sobre ella, hambriento, enloquecido. Tenía las tetas enormes y el culo redondo, un orbe. Tuve la lucidez suficiente para decirle:

—Lo que te diga, no cuenta. No es lo que pienso en realidad. Lo digo porque me gusta.

—¡Pero por supuesto! —exclamó.

Ella no probaba el alcohol. Me resultaba especialmente delicioso pensar en la inadecuación de nuestros estados relativos. A ella debía de gustarle. ¿Qué sería yo para ella? Todos los amantes deben de habérselo preguntado. Yo estaba a solas con mi estado ebrio. Ella estaba a solas con su estado sobrio. Pensaba, mi querida Florencia, en todas las mujeres que podrían estar deseando hallarse en su lugar en ese momento, y estaban solas, sin amor: ese pensamiento resumía su sobriedad, y de paso mi ebriedad. Para mí, ella era todas. La pregunta por cómo me habría atrevido había

quedado atrás, y sin embargo seguía latente. «La mujer montaña»: a mí no se me habría ocurrido... Mejor dicho, no se me habría ocurrido sobrio. Ella era la mujer montaña, se lo dijeran o no. Era de esos seres que ya vienen con la descripción incluida. Funcionaba por sí misma como un bloque de lengua. De modo que efectivamente, lo que pudiera decirle no contaba: al menos no debía someterse a interpretación. Mi sistema «Indonesia» me había preparado para ella. En efecto, las cosas fantasearlas o conocidas por dichos o fotos tienen una dimensión propia, y cuando se las conoce en la realidad encogen hasta acomodarlo a uno. Siguen siendo grandes, si la palabra «grande» es parte de la definición implícita, pero a la escala real de uno. Aquí debo decir, ahora que me acuerdo, que a Florencia yo la llamaba «Indonesia», y a ella, como a cualquier señora casada que no quiere que su verdadero nombre aparezca en sus puteríos, le parecía muy bien. Además, «Indonesia» le gustaba.

Después de lo anterior, se puso filosófica. Añoraba a su primer marido.

—¡Para que te habré contado!

—¿Por qué lo decís? Hace bien desahogarse. Y entre nosotros no debe haber secretos.

—Pero me puso triste.

—¿Todavía lo querés?

—No... Ya ni me acuerdo de él. Ni él se debe de acordar de mí. Es como si fuera otra vida.

—¿Y entonces?

—¡Es que debería haber una sola vida! ¡Éramos tan felices! ¡Era tan hermoso!

Para sacarla de esas nostalgias, me puse a contarle que en el Oriente creían en la reencarnación: después de morir uno renacía a una vida nueva en otro cuerpo, mejor o peor (lo mismo que sus circunstancias) según sus méritos o defectos. Me escuchaba con el interés sin límites de la inocencia. Parecía dispuesta a morirse ya mismo para hacer la prueba.

—Pero es una doctrina errónea —le dije—. No tiene una solución final, es decir que se apoya en un razonamiento falso.

—¿Por qué? Yo podría morirme, y como recompensa por los sinsabores que me tocaron podría renacer en una familia con plata, con una linda casa, un auto... No pido mucho.

—¡Ahí está! Vos lo has dicho. Todo es relativo. Pero no es tan fácil, nena. Pensá que para que alguien nazca, tiene que haber antes un hombre y una mujer que se decidan a coger... ¿Y no estamos en la misma? Un matrimonio, con todas sus miserias, con su futuro incierto. Es un círculo que se muerde la cola. El sistema funciona en abstracto, pero si te ponés a pensarlo en su posibilidad práctica se viene abajo. Ni siquiera en términos religiosos puede andar, porque le falta un punto de apoyo final y absoluto. ¿Cuál sería el premio mayor? Tendría que ser el hijo de la

pareja definitivamente santa, por ejemplo el Papa y una monja viejecita y virgen, ¡¿y me querés decir cómo hacés para que cojan esos dos?!

Se rió.

—¡Vos siempre el mismo loco!

Me quedé pensativo:

—¿Qué diría tu marido si se entera de lo nuestro? ¿No pensarás decírselo, no?

—Perdé cuidado.

—Sí, muy bien, pierdo cuidado, pero no me gustaría que me cagara a trompadas.

No era mi modo habitual de hablar, pero con ella me sintonizaba en una longitud de onda vulgar, que me parecía más viril.

—¡Qué te va a cagar a trompadas si es un enano!

Eso no me lo esperaba. Tanto, que me desconcerté por completo.

—¿Enano? ¿En serio?

Lo primero que pensé era que no podía ser: me había dicho que no conseguía buenos empleos, y un enano, por la rareza de su condición, siempre consigue trabajo, aunque más no sea exhibiéndose. Y efectivamente, no era. Lo había dicho en sentido figurado. Era bajo, pequeño, poco desarrollado. Yo en cambio soy muy corpulento y gordo. Eso no quería decir nada, porque en un enfrentamiento todo depende del grado de decisión.

Sea como fuere, la conversación nos había llevado de vuelta al tema del marido, y al cuento sobre él que había quedado pendiente. Cuando empezó a desplegarse, fue como si todo un mundo se abriera para mí. No un mundo nuevo, pero más sorprendente por ser viejo. Un mundo sin amor, frío y maligno, del que volvía a sentirme excluido. Yo había creído que la pobreza de los pobres los liberaba de las mezquindades del interés y las miserias de lo relativo. ¡Qué ingenuo! Era todo lo contrario.

El marido, que tenía el extraño nombre de Joves... No voy a contar en detalle todo lo que supe entonces y después; ya he dicho que me repugna extenderme en relatos que en el fondo no significan nada, y este es demasiado absurdo para que pueda sostenerse sin una descomunal cantidad de detalles circunstanciales. Me limito al esquema básico, a los datos desnudos. El dato básico es que yo no tenía nada que temer de él, fuera grande o chico, porque no estaba visible. Había desaparecido. Unos pocos días después de que nosotros nos reencontráramos, él se había esfumado. Ambos hechos no tenían nada que ver. Una noche no durmió en su casa, y a la mañana siguiente se presentó un sujeto a pedir, increíblemente, un rescate. Era más increíble para mí que para ella, que de algún modo se lo esperaba.

—¿¡Un rescate!?! ¿Pero ustedes tienen plata?

—¡Qué vamos a tener!

—¿Y entonces?

Bueno, resultaba que alguna plata tenían. No importaba que fuera muy poco (una cantidad ridícula en realidad: lo mismo que me habían costado los dos *whiskies* de un

rato antes): justamente de eso se trata la cuestión de ser pobres, o de ser ricos, que para el caso es lo mismo. La codicia puede consumarse sobre lo poco o sobre lo mucho por igual.

Joves era un tipo de mal vivir, como podía esperarse de alguien que no sabía conservar un empleo honesto. Siempre andaba en negocios raros, sin llegar a ser un criminal armado (pero no le faltaba mucho): reducción de mercadería robada, transferencias truchas de autos viejos, ocupación de casas, drogas, proxenetismo, juego ilegal; de todo un poco. Hacía más que nada de mandadero, de agente circunstancial; tenía tan pocas luces que siempre necesitaba que otros lo llevaran de la nariz. De cualquier modo, estas actividades le daban la excusa perfecta para ser «retenido» por sus socios y para que estos reclamaran el pago de alguna deuda oscura a cambio de su devolución. Es decir, no era un pedido de rescate convencional, sino que venía envuelto en una historia complicada; complicada sobre todo porque de esos malvivientes no podía esperarse una explicación clara y ordenada, ¿pero a quién le importaban esas lindezas? De todos modos se podía sacar en claro la consecuencia, que era bastante simple y brutal. Se había quedado con una plata que le pertenecía a sus socios, y decía que se la había dado a guardar a la esposa (¡mentira!), no había tenido ninguna intención de apropiársela, todo lo contrario, la había guardado en su casa para más seguridad... Por eso enviaba a este mandadero de confianza a buscar la suma, y una vez que la llevara, el marido podría restituirse a su hogar por sus propios medios. Qué curioso que la suma fuera exactamente lo que ella tenía ahorrado, de su propio trabajo...

—¿Querés decir que es un autosecuestro? ¿Para sacarte tus ahorros?

—¡Por supuesto!

—¿Y por qué no te lo robó directamente? ¿Por qué hacerlo tan complicado?

—¡Porque la tengo bien escondida!

El tipo era un verdadero monstruo. Yo no lo podía creer.

—¿Y cómo sabe él cuánta plata tenés ahorrada? ¿Se lo dijiste?

—No, pero lo sabe. No es tan difícil hacer el cálculo, sabiendo lo que gano, y restándole lo que gasto en la casa.

—Mm... ¿Pero estás segura? ¿Cómo podés estar segura? Podría ser cierto.

Estaba segura, me dijo, porque no era la primera vez que le pasaba. La maniobra se venía repitiendo desde hacía muchos años, cada vez que ella acumulaba cierta cantidad que hiciera valer la pena tomarse la molestia. Sólo se lo había creído la primera vez, y ya entonces había tenido dudas, muy justificadas. Y para él había seguido valiendo la pena, por lo visto, aunque las sumas que ella podía reunir eran cada vez menores.

Así se había apoderado de todo lo que ella podía ahorrar, que era tan poco. Había empezado ahorrando para comprar una casa, porque alquilaban. No llegó a juntar ni la centésima parte de lo que habría necesitado cuando él se la extrajo con este truco.

Esa fue la primera vez. Después empezó a ahorrar para los muebles, y fue lo mismo después para la heladera, después para un par de zapatos...

—Esperá un momento, Indonesia. La casa, ¿llegaste a comprarla?

—¿Cómo querés que la compre, si no había llegado a juntar ni para la seña cuando...?

—¿Entonces por qué a continuación empezaste a ahorrar para los muebles? ¿No habría sido lo lógico volver a insistir con la casa?

—A la casa renuncié, después de ese golpe. Me puse un objetivo más modesto.

—Y cuando eso también fracasó, te pusiste un objetivo más modesto todavía.

—Sí. ¿Qué iba a hacer?

—Y así sucesivamente.

—Sí. Nunca he tenido nada. Me conformaría con cualquier cosa.

A mí no me entraba en la cabeza, pero debía de ser la lógica de los pobres, y quizás era el motivo por el que no salían de pobres. Quizá no era necesario tener un marido delincuente para que esos proyectos de superación fracasaran; más bien parecían condenados de antemano, por basarse en una razón torcida y precaria.

—Lo que no entiendo es por qué seguiste pagando, una vez que estuviste segura de que era una jugarreta de él.

—¿Y qué iba a hacer? Si no pagaba, no volvía.

—¡Mejor para vos!

—No... No digas eso. Es un desgraciado, un ladronzuelo, pero es mi marido. Ya perdí uno. Él sabe bien el miedo que tengo de volver a quedarme sola, y especula con eso. ¿Qué voy a hacer, sola...?

—¡«Qué voy a hacer», «Qué voy a hacer»! Siempre decís lo mismo. No hay que ser tan fatalista.

—Para vos es fácil. Para una mujer...

Hizo un puchero. No insistí.

—¿Y ahora? ¿Pagaste?

—No.

Mil pensamientos instantáneos me cruzaron el cerebro como relámpagos. ¿Sería por mí? Ahora tenía otro hombre (yo), pero no sé si yo contaba, porque era clandestino. ¿De qué me estaba haciendo responsable esta novedad? ¿Acaso esta vez debía pagar yo? ¿O debía no pagar yo? Me puse a balbucear, incapaz de preguntar directamente lo que quería saber.

—¿Cómo que no pagaste? ¿O sea que hace más de un mes...?

—No es la primera vez... trato de encontrar una solución... Qué voy a hacer...

El mensajero seguía viniendo a su casa todos los días; ella le daba largas con diversas excusas, y aprovechaba para mandarle la comida al marido, y la ropa que le lavaba. Era una situación de comedia. No se trataba sólo de que estuviera acostumbrada, sino que se había adaptado a los usos y costumbres del hampa y ya era parte del mecanismo.

Volví a la realidad, en un gesto de autodefensa. Ese cuarto donde estábamos, se me ocurrió de pronto, estaba en medio del hotel, como el carozo está en medio del durazno. Y el hotel estaba en medio de la ciudad, y la ciudad en el medio del mundo. Pensado así, éramos una pareja primordial, en el centro de todo. Y ese todo estaba poblado, hasta el último milímetro. Cada uno de sus habitantes era un centro, tendiendo sus redes, ejecutando sus maniobras. Salvo nosotros dos, que no hacíamos nada: estábamos esperando que pasara algo.

Estábamos en la cama, mirando el techo, muy relajados después del amor, esperando que pasara algo. Pues bien, algo pasó. En realidad no tenía que pasar nada, porque ya había pasado. Nuestro amor se había consumado. Yo había pasado del plano subjetivo al plano objetivo. Mi anhelo de treinta años se había cumplido y ahora no me quedaba más que recoger los frutos... Aunque esta última frase podría prestarse a una interpretación errónea: no hay una sucesión cronológica, no es que primero se realiza el sueño y después se recoge la recompensa: los dos hechos, junto con todos los demás hechos, están dispersos en el tiempo: pasaron, pasan y van a pasar, en cualquier momento y en cualquier orden. De modo que no había ninguna necesidad de que pasara nada.

Y sin embargo, pasó. Fue un accidente horrendo. Si me pusiera a contarlo no terminaría más, así que me abstendré. En el fondo, los resultados de ese tipo de esfuerzos siempre son ridículos, más allá de la distraída benevolencia de gente distraída. Escribir un relato es como filmar animalitos, después montar con habilidad las tomas y poner voces humanas donde mueven picos y hocicos. Puede quedar algo muy entretenido y divertido (seguramente alguien lo ha hecho) pero sigue siendo una tontería.

Por otro lado, ¿cómo hacerlo? ¿Quién dijo que es fácil? Habría que poder recordar la disposición de todos los elementos en cada momento de la acción. ¿Y quién recuerda los detalles, o lo general, o nada? ¿Y a quién le importa? ¿Quién puede, realmente? Para contar el hecho más simple hay que hacer un esfuerzo equivalente a poner sobre una mesa, al azar, un cortaplumas, un escarbadiantes, un salero, un vaso, un boleto de colectivo, una miga de pan, un anillo, un recorte de uña, un reloj, una lapicera, mirarlos durante cinco segundos, juntarlos todos y volverlos a poner exactamente en la misma configuración en que estaban. ¿Quién puede hacerlo? Hay gente que puede, es cierto, pero son una especie de modesto fenómeno de la naturaleza, y el uso que hacen de su don es tan ridículamente frívolo que da pena.

En fin, lo que pasó fue lo siguiente: el ventilador de techo que giraba encima de nosotros se desprendió de su soporte y cayó sobre la cama y, como estaba girando a toda velocidad, sus pesadas aspas de hierro (era un modelo anticuado: los modernos son de plástico) nos cortaron los pies. No quiero decir que nos hicieron cortes, graves o leves, superficiales o profundos, sino que nos «cortaron» los pies, los seccionaron, a la altura de los tobillos. Los cuatro pies, los dos de ella y los dos míos, cayeron al piso como cuatro ratas rosas. Fue un desastre horrendo. Lo primero que pensé fue:

bien merecido me lo tengo. Por ahorrar unos pesos, que al fin uno termina gastándose en cualquier pavana, había elegido ese hotel cero estrella en lugar a ir a uno como la gente, que dispusiera de aire acondicionado. Pero no era sólo avaricia, creo, sino una limitación del pensamiento, porque para mí la suerte insólita de acostarme con Florencia era todo el lujo que podía concebir por el momento.

El *shock* consiguiente a la mutilación no me impidió actuar. Yo soy de los que se abatan y paralizan por mucho menos, pero dentro de uno debe de haber fuerzas latentes que se ponen en marcha cuando pasa algo lo bastante grave. Me senté precipitadamente y miré: de los tobillos interrumpidos, de las venas y arterias cortadas al sesgo, manaban chorros de sangre. ¡Pero había que hacer algo! Qué curioso, la sangre no me impresionó demasiado. Sabía que en casos de mutilación lo importante es actuar de inmediato, antes de que los códigos de los tejidos vivos se divorcien. Quise, pobre de mí... ponerme de pie. Por supuesto, caí: no tenía pies. Pero ya al caer estaba manoteando los pies... Porque no los tenía, pero a la vez los tenía ahí cerca, al alcance de la mano. Qué extraño suena: podía recoger del suelo mis propios pies, y los de mi amante por añadidura. Poca gente debe de haber tenido esa experiencia. Eran objetos que se dirían hechos para ser tomados con la mano, y hasta para ser blandidos, como cachiporras... Qué curioso habría sido, darle un «puntapié» a alguien con el pie blandido de ese modo. Lo más notable es que estaban tibios, de una tibieza tan natural como la de la mano que la sentía.

No es que yo hiciera todas estas consideraciones en ese momento; el tiempo no se había detenido. Fueron unos microsegundos bastante frenéticos. En realidad no había necesidad de apurarse tanto, y después tuve motivos para arrepentirme amargamente de haberlo hecho.

Yo había oído decir que si se lo recoloca de inmediato, un miembro mutilado se suelda, por una especie de imantación de las células propias, que son tan singularísimas que cuando se encuentran entre ellas se pegan con una avidez increíble. De modo que me llevé los pies que tenía en las manos a los muñones manantes. La mente humana es insondable. A mí por lo menos, nunca deja de sorprenderme. En esta ocasión, en el apuro, en la desesperación, me hice tiempo para pensar: «ojalá que acierte con el derecho y el izquierdo en las piernas correspondientes, o voy a quedar chueco y ser un monstruo el resto de mi vida». ¡Me hice tiempo para pensar eso, pero no para fijarme si efectivamente los estaba poniendo bien! Con lo fácil que era: bastaba con ver que los dedos gordos quedaran del lado de adentro. Por suerte acerté, pero fue de pura casualidad. No quiero ni pensar en lo que habría sido si me equivocaba.

No me detuve a ver si estaban soldando, porque ya mi mente estaba ocupada en otra cosa: en Florencia. Qué egoísta, qué poco caballero, qué mal me había portado al ocuparme sólo de mí. No quedé tan mal porque en Florencia el *shock* había sido mucho más energético. Cuando yo ya había repuesto mis dos pies en su lugar ella apenas si estaba empezando a gritar.

—¡No te preocupes! —exclamé, lo que era una expresión bastante absurda, pero dadas las circunstancias yo no estaba para andar eligiendo las frases—. ¡Tiene arreglo! ¡Quedate quieta, Indonesia, que en un segundo te los pongo!

—¡Aaay!

—¡No grites! ¡Van a pensar que te estoy haciendo algo! ¡Ya está! ¡Es un segundo! ¡Ya es...tá!

Y sí, se los había pegado, esta vez fijándome en poner el izquierdo y el derecho donde correspondía. Le quedaron bien, o más o menos bien, me pareció. «Prendían». Se soldaban. Compensando mi descortesía inicial, me ocupaba sólo de ella, y me olvidaba de mí: pero eso me benefició, porque sin darme cuenta me había puesto de pie, y el peso del cuerpo terminaba el trabajo. Cuando lo advertí, la hice parar a ella y la ayudé a dar unos pasos; los dimos juntos.

—¿Viste? No fue nada...

—Aaay...

—¿Te duele?

—No, no... —Entrecerraba los ojos, esos ojos maravillosos que habían vivido conmigo sin saberlo, estudiando sus propias sensaciones—. En realidad no. Pero los siento raros.

—Es la impresión. Ya se te va a pasar.

A mí se me había pasado el susto, con tanta diligencia. Pude mirar lo que nos rodeaba: era un holocausto, con el ventilador desmadejado en la cama y la sangre que había embebido las sábanas, la alfombra, y salpicado las paredes y hasta el techo. Y nosotros dos de pie (esto lo vi en el espejo), desnudos y pálidos... Yo también me sentí raro, aunque no lo dijera, nos sentía raros a los dos. Era algo indefinible. De algún modo me sentía culpable, aunque un minuto antes había creído que me iba a sentir un héroe. Para disimular, manifesté la debida indignación contra el hotel:

—¡Qué irresponsables! Ese ventilador era un arma mortal. ¡Podría habernos matado! —Y agregué—: Deberíamos hacerles un juicio.

Por supuesto, no lo hicimos. Nos marchamos sin decir nada, tomados del brazo, con pasitos breves como pisando huevos. No volvimos más a ese hotel. En adelante fuimos a otro.

¡Cuánto la quería! Florencia era mi sueño, y no se puede vivir sin un sueño. Ahora era mía. O mejor dicho, «casi» mía, porque la estaba compartiendo con un delincuente, un ausentista. Y ella demoraba inexplicablemente el pago para recuperarlo. ¿Lo hacía por mí? En la duda, empecé a hacer planes. Es peligroso hacer planes cuando a uno lo arrastra el entusiasmo. Pero, aparte de que no podía evitarlo, los planes no eran realidades, eran una especie de sueño, y podía avanzar con ellos con la vieja irresponsabilidad, como si la realidad no hubiera intervenido.

Podía irme a vivir con ella. ¿Por qué no? ¡Como si no supiera «por qué no»! Por Aldo. Estaba seguro de que si lo abandonaba, o menos aun, si hacía el primer gesto en esa dirección, él me mataba. Pasivo como era, tímido, dependiente, Aldo tenía

dentro un asesino. Y yo no quería morir. Ahora menos que nunca. Lo que nunca había creído que fuera a pasar había pasado: tenía un motivo para vivir. Mi exaltación tenía por reverso la prudencia a la que me obligaba.

Además, mi relación con Aldo tenía un costado práctico que no podía ignorar. Su hermano era el dueño de la fábrica donde yo tenía mi empleo administrativo, que había conseguido justamente por esa relación. Si me quedaba sin trabajo, volvía a la miseria. No valía la pena preguntarme si Aldo sería tan mezquino de maniobrar con su hermano para hacerme echar, en caso de que yo lo abandonara: ya dije que antes me mataría. Es cierto que podía hacer frente a todas estas amenazas, como un hombre, por amor. Pero por ahora me limitaba a hacerles frente en un terreno especulativo.

Lo anterior puede dar una idea errada de mi relación con Aldo. En realidad, todo puede dar una idea errada de mi relación con el que ya hacía un cuarto siglo era mi amante y «marido». Mi primer pensamiento al acercarme al tema era que Aldo había sido un sucedáneo de la mujer que yo no había podido conseguir. Pero no podía ocultarme el hecho de que un sucedáneo es algo del momento: si permanece a lo largo de las décadas, al primer pensamiento (que también es momentáneo) necesariamente debe sucederle otro. Por no decir otros muchos, una serie infinita de «primeros pensamientos», todos reemplazados por el siguiente.

¡El viejo Aldo! Una costumbre, como el viejo batín de entrecasa. Era ingeniero, igual que su hermano el dueño de la fábrica, y tenía cierta participación en esta: recibía dividendos por alguna vaga invención hecha en su juventud, en el campo del poliuretano expandido. Yo sabía exactamente cuánto cobraba, porque mi trabajo en la fábrica era redactar las liquidaciones de sueldos y órdenes de pago. Podría haberle hecho una extorsión como la de Joves a Florencia. Con una precisión total, hasta el último centavo.

El enigma que tanto me había ocupado (el enigma que me había ocupado siempre), vale decir: por qué no había podido conseguir una mujer, no se había disuelto en la nada ahora que sí había conseguido una mujer, la mujer con la que había empezado todo. Al contrario, parecía haberse hecho más denso. Y sin embargo, la solución podía ser muy simple. Mi ritmo circadiano ha sido siempre, desde chico, de tipo «diurno»: me enciendo con la luz del sol, me apago cuando cae la noche. Y por eso, solamente por eso, había realizado mi busca de amor de día, cuando se me hace más natural actuar. Es decir, actué de modo instintivo siguiendo mis vibraciones naturales, sin ponerme a pensar. Si hubiera salido de cacería por la noche, a los locales nocturnos que están para eso, habría sido facilísimo. Pero no lo pensé (qué paradójico, en alguien cuyo drama fue siempre pensar más que actuar). Las busqué de día, cuando ellas estaban trabajando, estudiando, haciendo sus tareas. Y hasta, ¡qué absurdo! las busqué, muy especialmente, temprano a la mañana, a primera hora, que es cuando estoy más lúcido y mi nivel de deseo es mayor. ¡Cómo las iba a encontrar, me pregunto!

¿Cómo había encontrado a Aldo, entonces? No sé, realmente no sé. Pudo ser el azar, o el interés.

A esa altura de la peripecia, empecé a pensar que ya no valía la pena interrogar el pasado. De un modo u otro, retorcido e inesperado, la historia me había dado alcance. Estaba viviendo el presente. Empecé a vivir en un modo extraño para mí: cansado. Un agotamiento superior a todo lo que había conocido antes me invadió, y no se fue a pesar de una generalizada disminución de actividad y largos períodos de descanso. No tenía fuerzas para caminar de casa al trabajo, ni siquiera de una oficina a otra, o del dormitorio a la cocina. Tenía una opresión en el pecho, accesos de frío o de calor, inapetencia, falta de sueño. Si creía empezar a reponerme por un momento, casi enseguida me venía abajo, peor que antes. Un par de encuentros con Florencia terminaron donde empezaron, en el café, pues el sexo estaba más allá de mis capacidades por el momento. Temí que ella pensara que mi amor flaqueaba (lo que no era cierto, al contrario), pero no fue así porque ella se encontraba en el mismo estado y hasta tomó la iniciativa de pedirme que no fuéramos al hotel. Eso me dio la pista de la explicación, y me asombró que no lo hubiera pensado antes. El agotamiento se debía a la sangre que habíamos perdido en el accidente del ventilador. Era obvio. Yo había visto correr esos litros. Se necesitaría tiempo para reponerlos.

No. Nuestro amor no se había apagado. Era realmente como si el presente hubiera llegado. Debido al cansancio sobrenatural que nos dominaba, el presente se realizaba como una nostalgia infinita, como un paisaje lejano más allá del horizonte. La miraba, sentada junto a mí en el café, y la languidez se transformaba en una voluptuosidad desconocida.

—Quiero besarte —le dije.

Me ofreció sus labios, entrecerrando los ojos.

Nunca la había besado así. Era una experiencia nueva. Habría querido prolongar por siempre esos besos, hasta más allá de nuestras vidas, que parecían alimentarse de sus mutuas muertes. Casi habría podido agradecer el accidente, por haber propuesto esta posibilidad de besarnos; antes no habíamos tenido tiempo. En realidad no tuve nada que agradecer, por lo siguiente.

Al no poder caminar mucho debido al agotamiento, tardé en notar que tenía una dificultad para hacerlo. Con todo, a la larga me fui dando cuenta, y una noche, encerrado en el baño, cortándome las uñas de los pies, caí al fin en la cuenta de lo que había pasado. Uno de mis pies, el izquierdo, no era mío sino de Florencia. Al reponerlos en su lugar me había concentrado (en la medida en que pude hacerlo) en que el izquierdo estuviera a la izquierda y el derecho a la derecha, pero no me fijé en que fueran los dos míos o de ella; eso lo di por sentado, como si no hubiera posibilidad de confusión; pero sí la había, porque, como ya he dicho, ella y yo éramos parecidos en altura y peso, y todos los pies son pies. Ahora veía el error en toda su monstruosidad. Ya había notado antes algo raro, al ponerme los zapatos por la mañana, pero había pensado en una hinchazón o algo así. No era hinchazón: era un

pie extraño incorporado a mi organismo. Desde el momento en que me di cuenta, pude verlo en toda su extrañeza, y fue como si lo observara con el microscopio. Nunca, ni en la mayor intimidad, había podido examinar un miembro ajeno con tanto detalle, de tan cerca (más cerca no podía estar). Era un vértigo de extrañeza. Lo más raro es que mi cuerpo lo hubiera aceptado tan bien, que no hubiera habido ningún rechazo y la soldadura se hubiera efectuado en todo punto tan perfectamente como con el otro pie, el mío. Eso tenía que indicar una compatibilidad profunda de nuestros códigos. Quizás era por eso que los besos me habían embriagado tanto. Un pie es solamente un pie, no es gran cosa (no es el corazón), pero su incorporación allá en el último rincón de mi cuerpo era un signo de lo que nos unía.

Y además, no era miembro insignificante para mí. Siempre le he dado la mayor importancia a la movilidad física. La clave de mi definición personal es mi capacidad de desplazarme, de irme a otro lado por mis propios medios. De modo que esto era más grave para mí que para otros. El amor me había herido donde más me dolía. Estuve cerca de la desesperación, porque si de algo podía estar seguro, era de lo irreversible de la situación. No podíamos ir a un cirujano a que nos intercambiara los pies. Al tomar conciencia del cambio, empecé a caminar mal. ¡Y no tenía remedio! Iba a ser un rengo el resto de mi vida. Es cierto que después de los cincuenta años lo que pasa con el cuerpo tiende a ser definitivo, y uno tiene que resignarse. Pero se me hizo muy difícil.

Debo decir que me porté como un caballero: no emití una sola queja, disimulé mi angustia como mejor pude (bastante bien), y creo que al fin de cuentas salí ganando, porque asumir esa condición de lo definitivo e irreversible me permitió enfrentar lo que siguió con la serenidad del que ya no tiene nada que perder.

En esa *impasse*, volvió a entrar Aldo a mi vida, desde tan lejos (quiero decir: lo tenía tan olvidado) que lo hizo como un recuerdo lejano, al que tardé en acomodarme. Y junto con él volvió a irrumpir la delincuencia, es decir la parte oscura de mi vida, la que no le cuento a nadie. De modo que no me extenderé en el relato. El que quiera adivinar que adivine.

El modo de aparición favorito de los hechos en la realidad es la coincidencia. Y sé de sobra que con encuentros casuales y confluencias milagrosas no se puede construir una narración realista que valga la pena oír.

Lo que me dijo Aldo, con aire serio, fue que la fábrica de su hermano estaba al borde de la quiebra. La información resbaló en tangentes graciosas por mi cabecita loca llena de amor. Cuando logré prestarle alguna atención, fue para descartarla como una alarma innecesaria; nadie conocía mejor que yo el estado financiero de la compañía, dado que mi trabajo era pasar a archivo electrónico los números que el contador seguía llevando en sus viejos libros de tapa negra. Era mala, por no decir pésima, pero lo venía siendo desde hacía años y nada indicaba que no pudiera seguir sobreviviendo.

Pues bien, sobre este punto Aldo tenía novedades. La idea de su hermano era arreglar una quiebra, dejar que los acreedores se repartieran la fábrica insostenible, y él quedarse con la plata y vivir tranquilo el resto de su vida. Ya no era joven, y este era un modo de pensar en el retiro.

—Un momento, Aldito... ¿Qué acreedores?

Ce pluriel était bien singulier: había un solo acreedor. Uno creado *ad hoc*. Un banco. La idea era pedir un succulento crédito, lo máximo que le dieran poniendo de garantía la operación y las instalaciones, meter la plata en una cuenta personal *off shore* y tirarse a muerto.

Me pareció demasiado fácil.

—No va a andar, y la puta que lo parió a tu hermano.

—A vos solo y a mí no. Sí va a andar.

—No va a andar.

—Sí va a andar.

—¿Quién le va a dar un crédito a una fábrica estancada hace treinta años?

Ese era el punto clave de la maniobra y el motivo de que el hermano le hubiera hecho confidencias tan peligrosas a Aldo. Sucedió que Aldo (yo nunca había entrado en los detalles de la historia, por esa desconfianza congénita que tengo por las historias) había tenido un papel importante en la invención del poliuretano expandido. Si no era millonario era porque los norteamericanos lo habían cagado con las patentes. Pero en los medios de R&D de la industria («*research and development*»), o sea investigación y desarrollo) su nombre tenía cierto prestigio, no mucho pero el necesario como para que fuera verosímil que ahora hubiera inventado un nuevo método para expandir lo ya expandido. Lo cual era mentira. Aldo no inventaba nada desde sus veinte años; había sido de esos creadores que se agotan en su primera emisión. Algún banco caería en la trampa. Aldo recibiría una parte por su colaboración, que no iba más allá del uso de su nombre. Aunque en un nivel más modesto que su hermano, él también podría retirarse y pasar una vejez desahogada. Lo cual me incluía a mí... Pero lo cierto era que yo perdía mi trabajo y mi independencia económica.

Me quedé pensando. Por lo pronto, mis planes con Florencia se venían abajo, pero en realidad no había hecho planes: no había pensado en nada fuera de la ley; apenas fuera de la ley moral, por ejemplo el adulterio, pero eso no contaba. De pronto venía a mi encuentro un plan de verdad, es decir delictivo. Esto era real, objetivo, externo. Y tan casual, tan inesperado, que aniquilaba mis tímidas ensoñaciones de felicidad, laboriosamente construidas a partir de cadenas de causa y efecto. Yo quedaba emparedado entre dos delincuentes objetivos: el Ingeniero y Joves. Una vez más me habían arrebatado la iniciativa y quedaba limitado a la reacción.

Y sin embargo, aun dentro del campo restringido de la reacción, encontré un camino. Contarlo me llevaría demasiado tiempo y espacio, así que no lo haré. Me limito a gratificar mi vanidad con un somero resumen.

Empecé atacando el punto débil del plan del Ingeniero; cómo justificar la desaparición de la plata. Con «gastos» se pueden evaporar cifras chicas, o medianas a largo plazo; pero traspapelar millones en unos meses es otra cosa. Primero lo asusté a Aldo con la cárcel y, por intermedio de Aldo, a su hermano, y cuando los tuve bien ablandados les propuse mi plan: simular un secuestro del Ingeniero, por cuya liberación se «pagaría» la cifra completa obtenida en el crédito. Después de eso, sí, la quiebra, y a vivir. Vacilaron (eran unos pusilánimes) pero vencí sus dudas, o se vencieron solas porque mi idea era intrínsecamente buena. Ni siquiera tendrían que preocuparse por los aspectos operativos, porque pondríamos en escena un secuestro de verdad, con personal especializado: recurriría a Joves y sus amigos, que necesariamente tendrían que quedarse con una comisión.

Ahora bien, mi plan era un plan de verdad, es decir genuinamente criminal y falaz, como correspondía a un monstruo que caminaba sobre un pie ajeno. Yo movería los hilos de todas las marionetas. La banda de Joves no secuestraría en realidad al Ingeniero sino a Aldo; eso podía justificarlo ante los hermanos como un error, porque eran muy parecidos. El rescate se desviaría enteramente a mis bolsillos, y de inmediato me ocuparía de avisar a la policía y generar un tiroteo en el que murieran Aldo y Joves, con lo que me sacaba de encima de un golpe al marido de mi amante y a mi propio marido.

¿No era perfecto? Se me ocurrió perfeccionarlo con una mentira extra y le dije a Aldo, después de prepararlo convenientemente, que lo que haríamos en realidad sería hacer secuestrar de verdad a su hermano el Ingeniero, simular pagar el rescate pero quedarnos con la plata y dejar que los secuestradores lo mataran. Quedó atónito, con la boca abierta. No me habría atrevido a proponérselo de no haber sabido cuánta era su codicia y cuánto se resentimiento contra el hermano, al que culpaba de todos sus fracasos.

No se limitó a aceptar, entró en una especie de éxtasis. ¡Pobre Aldo! La realidad llamaba a su puerta por primera vez. Y la primera vez es la que cuenta. Yo no era el único que había vivido esperando que mis sueños se hicieran realidad. De pronto, en el umbral de la vejez, el tímido Aldo, el segundón, el afeminado, el que no había vivido, se veía embarcado en una trama trágica. De la tragedia todos se arrepienten, es parte de su definición, pero también es parte de la definición del arrepentimiento que venga después y no se lo pueda pensar antes. Y para alguien que se ha pasado la vida desfasado respecto de su vida, la densidad de presente de la tragedia puede ser irresistible. Aldo se entregó entero, en cuerpo y alma. Se entregaba a la verdad intensa del plan criminal, sin saber que era mentira. Era un engañado. Un engañado más.

Era la medianoche. Yo había esperado la medianoche para contarle lo peor de mis intenciones: sólo a esa hora las cosas parecen definitivas. Y había calculado bien. La atmósfera de nuestro departamento se electrizó de un horror que a una mente

perturbada podía resultarle delicioso. A mí me resultó vagamente alarmante. Vi transformarse la cara de Aldo. La vi encenderse con un brillo homicida.

Y entonces hizo algo rarísimo. Vino hacia mí, clavándome la mirada en los ojos y murmurando unas palabras que me sonaron en una lengua extranjera. Se sentó en mis rodillas, me abrazó (yo estaba paralizado)... y me besó. Aquí debo decir que Aldo era un señor de unos sesenta años, gordo, pelado, con papada y mala dentadura. Uno de esos tipos mayores que se ven por la calle paseando al perro o al nietito, salvo que este no tenía perro ni nieto. La extrañeza de verlo actuar como una ramera me superó. Su lengua buscaba la mía dentro de mi boca, en un frenesí de pasión. Con las manos me empezó a acariciar el cuerpo y metió una en el pantalón...

Estaba excitado, entregado a sus instintos, y se soltaba en la intimidad de nuestro secreto. Me seguía besando, me besaba «más», como un pulpo aferrándose a su presa en lo más hondo del océano. Yo luchaba honradamente por salir de mi perplejidad, pero me costaba. La escena me resultaba demasiado absurda. ¿Qué era esto de dos señores mayores besándose y manoseándose como una parejita de enamorados? El beso, sobre todo... Me chupaba los labios y la lengua con un ansia de afiebrado. Eso era lo que más me sideraba, lo que menos entendía; mientras durase, no iba a entender nada más. Y parecía como si fuera a durar por siempre. Como si estuviera empezando apenas. Yo trataba de pensar... ¿Un hombre besando a un hombre? ¿Qué es eso? ¿Había besado a un hombre alguna vez? ¡No! ¡Era demasiado bizarro! Y sin embargo... Aldo y yo éramos pareja desde hacía muchísimos años y nos acostábamos en la misma cama y nos abrazábamos y... besábamos, y lo demás, todas las noches. Los putos sí se besan, y nosotros dos éramos putos. ¡Pero eso hacía más extraña todavía la escena! No sé si mi reciente encuentro con Florencia era la razón, pero yo simplemente no aceptaba la realidad de lo que estaba pasando. La sentía como un *collage*, una figura doble recortada de una revista holandesa y pegada en una postal de la Boca. Además, la formulación misma de la pregunta me trajo una respuesta: sí, yo había besado a un hombre antes. Muy lejos en el tiempo, en mi juventud, había besado al sodero... era algo tan lejano, tan adherido al olvido...

Aldo no encontraba nada de raro en lo que estaba haciendo. No lo encontraba distinto de lo que hacíamos cotidianamente. Se habría sorprendido mucho si hubiera podido leer mis pensamientos. Quizá toda mi extrañeza provenía de ahí (ya que no tenía un motivo objetivo): de que yo sí podía leer mis pensamientos.

En fin. No terminó ahí. Nunca terminaba ahí, y menos esta noche señalada. Después vino el sexo. Yo, que me he hecho un punto de honor de negarme a contar nada, jamás contaría esta escena. Mi distanciamiento fue ahondándose, y parecía como si Aldo fuera animándose cada vez más. Directamente pasé a un estado de *déjà vu*. En parte justificado, porque estos juegos habían sucedido innumerables veces entre nosotros. Pero el objeto principal de la reminiscencia era mi escandalizada extrañeza, y no podía recordar haberla sentido antes. Aldo hacía la odalisca frente a la cama, desnudo salvo por una bombachita de satén rosa y un corpiño transparente.

Para mí era una revelación onírica: yo era homosexual, siempre lo había sido. Lo había sido tanto que ya había llegado al estadio de estas escenas barrocas y obscenas... esto «ya no me sorprendía»... ¡Y era eso lo que me hacía estallar el cerebro, de la sorpresa! Después se ponía en cuatro patas sobre la cama y me miraba por encima del hombro, murmurando frases incitantes... Yo le miraba el agujero enorme entre las nalgas y trataba de descifrar algo como en un juego de charadas... Me venía un fragmento: «ano expandido»... Arremetía con la verga... Pero me detuve. ¡No! No debía repetir lo que ya habíamos hecho durante miles de noches. Las circunstancias exigían algo novedoso; de eso se trata, el juego del sexo. De lo nuevo. De lo nunca hecho antes. Me puse en posición, y le metí el pie, el pie de Florencia. Él gritaba de placer.

En fin. Para qué seguir. Es el colmo de lo inenarrable. Con su anacronismo, Aldo estaba redactando su condena a muerte. Yo ya lo había condenado. Ahora él me estaba dando el motivo. Me volvía su verdugo. Estábamos en distintos niveles de verosímil. Él, purísimo. Yo, por obra y gracia de la amnesia: ni siquiera puto. Pero no era la diferencia entre dos especies o tipos: era una diferencia individual, no generalizable. Él era el inventor del poli-uretra-ano expandido, único e histórico, marcado a fuego en el calendario argentino y universal. Y yo era el que se la metía. También único, individual, histórico. Éramos un evento tan único y especial como la luna de miel. Y dentro de él había una grieta: cada uno de los dos estaba de un lado distinto de la grieta, del abismo.

¡Qué noche de casamiento! Al día siguiente no fui a trabajar. Llamé al Ingeniero y le dije que me tomaba el día libre para buscar a los maleantes que se encargarían de la «comedia» del secuestro. Y efectivamente, me dirigí a lo de Florencia. Teníamos que hablar. A ella todavía no le había dicho nada de mi plan y tenía que prepararla. ¿O no? ¿Teníamos que hablar, realmente? No me convenía decírselo todo, y quizá no debía decirle nada. Por lo pronto, sentía una repugnancia visceral ante la perspectiva de contarle una historia, fuera cual fuera. Traté de recapitular, en el colectivo, lo que le había contado hasta ese momento, y me di cuenta de que todo lo que había salido de mi boca, mentiras y verdades por igual, era mentira. La experiencia había quedado al margen, por el simple motivo de que mi experiencia era ella.

Me bajé en el barrio humilde que originalmente había llamado «Indonesia». Casas pequeñas, vidas pequeñas, sin horizontes. Gente encadenada a lo inmediato, que nunca había advertido que lo inmediato es inútil. Una humanidad a la que se mantenía en la ignorancia de que todo le estaba permitido, tanto si Dios existía como si no existía. El dios que llevaban dentro, el dios del barrio, no les permitía nada. ¿Alguien cambiaría eso alguna vez?

Cuando llegué a la casa de Florencia ya había pergeñado un argumento con el que empezar, y me apresuré a exponerlo antes de que se le pasara la sorpresa de verme allí (era la primera vez que iba):

—Indonesia querida, tengo que decirte algo que nunca te dije antes, no porque quisiera ocultártelo sino porque no se dio la oportunidad, no salió el tema...

—¿Qué hacés acá? ¿Cómo te atreviste? ¡Si te ve mi esposo te mata, y me mata a mí!

—Tu marido está secuestrado, ¿te olvidaste? No va a volver hasta que pagues su rescate.

—Pero ya te dije... Con él nunca se sabe.

—Hagamos como si no existiera. Si aparece, le decimos que soy tu primo.

Me negué a seguir con los preliminares y fui directo al grano:

—Sentate, que lo que tengo que decirte te va a hacer caer de espaldas. No es un secreto, pero por una cosa o por otra no te lo había dicho hasta ahora. En fin, aquí va: soy rico.

Hice una pausa. Ella me miraba sin expresión.

—Soy rico...

Por mi mente pasaban frases e imágenes en un relampagueo torrencial, como siempre pasa cuando uno quiere comunicar una verdad inmensa, una verdad que lo abarca todo, y desconfía de los mecanismos mentales de su interlocutor para captarla. En este caso no era una verdad, por supuesto. Era una mentira. Pero yo lo había asumido de tal modo que hasta me asustaba haberlo revelado. Quizás en el fondo estaba recordando que era una mentira, y eso volvía a la revelación algo desnudo y trémulo, como un abuso de intimidad. Si había creído que Florencia y yo ya habíamos llegado al máximo de intimidad, me equivocaba. Podía haberme llevado al error la incredulidad, que nunca se había disipado del todo, de que aquello me estuviera sucediendo a mí: una mujer desnuda en mis brazos, en la locura del amor... Parecía realmente el colmo, el revés de todos los secretos, el fin de la busca. Y sin embargo ahora, era como si el lenguaje volviera, triunfante, a tomar venganza sobre los hechos.

—... riquísimo, millonario... ¿cómo decírtelo? —Eché una mirada a mi alrededor, a la pequeña cocina-sala-dormitorio en la que estábamos y que era la casa entera—. Podría comprar todo lo que estás viendo, y diez veces esto, ¡cien veces!, y además autos, computadoras, alfombras, teléfonos satelitales, relojes de oro, ¡y seguiría siendo rico! ¿Te das cuenta, Indonesia? ¿Me explico?

Ella seguía con la misma expresión neutra, expectante, apenas alterada por el arco de las cejas, que traduje como «ya lo sabía, ¿cuál es la noticia?». Me di cuenta de que se interponía un malentendido de base. Ella había dado por sentado que yo era rico, desde el primer momento. Era rico respecto de ella, y ella no disponía de otro parámetro. La diferencia entre rico y rico debía de parecerle una frivolidad. Me dejaba sin elementos de expresión. Era otra vez la limitación de las vidas proletarias que había notado un rato antes, viniendo hacia su casa. Aun así, ya sin esperanzas, insistí:

—Me hice rico muchos años atrás, con un invento que revolucionó el mundo, el poliuretano expandido...

—¿El qué?

—El poliuretano expandido. Qué nombrecito, ¿eh? Desde entonces he ganado tanta plata que ya ni sé cuánta tengo, me olvido, simplemente... Por eso debe de haber sido que no te lo dije de entrada. No le doy importancia. Pero ahora sí puede tener importancia, para vos, es decir para nosotros...

Me seguía mirando con la misma incertidumbre lejana. Si mi intención había sido sorprenderla, no lo había logrado. No vi más remedio que dar por terminada mi explicación. Y pasar a sus consecuencias prácticas, con las que quizá tendría más éxito.

—Lo que te quiero decir, y perdoná que no te lo haya dicho antes, es que yo te puedo dar la plata para que pagues el supuesto rescate de Joves...

Ya estaba negando con la cabeza, en un gesto muy definitivo que significaba «jamás podría aceptar, es algo demasiado privado, que me incumbe sólo a mí». Con lo que me devolvía a mis explicaciones condenadas al fracaso:

—Es que para mí no es nada. ¡Nada! Moneditas. Una cifra insignificante.

Eché atrás la cabeza mirándome muy seria. Estaba ofendida. Sus ojos se humedecieron:

—Va a tener que disculparme, señor millonario. No era mi intención ser tan pobre. Comprendo que aquí no estamos a su nivel.

—No seas tan susceptible. No me vengas con ironías fuera de lugar. Perdoname vos, si me expliqué mal. Lo que quiero decir es que lo mío es tuyo, y podés solucionar parte de tus problemas... que son problemas míos también. ¿No ves que esto va a beneficiarme a mí tanto como a vos?

En ese momento ella dio un salto de suspicacia a suspicacia y, para mi inmenso desconcierto, dijo algo muy inteligente:

—¿Por qué iba a beneficiarte que vuelva Joves? ¿Querés que yo vuelva con él, para librarte de mí?

—No, no... Todo lo contrario...

—¿Ya estás cansado de mí?

Simulé enojo, mientras pensaba cómo arreglar las cosas:

—¿Pero qué decís? ¿Te volviste loca? Es que... quiero terminar con esta situación. Y quiero tenerlo a mano a Joves para darle un trabajo...

Mostró mucho interés de pronto, y supe que me había metido en problemas, por hablar sin pensar.

—¿Qué trabajo?

—No sé... Cualquiera. Con plata todo se puede arreglar, Indonesia, y plata es lo que me sobra. —Traté de tranquilizarme. Ya estaba pisando terreno más firme. Debía hablar de plata y de nada más. A pesar de todo, era la lengua común que teníamos. Así que sin más, dispuesto a precipitar los hechos, metí la mano en el bolsillo—.

Vamos a lo práctico. ¿Cuánto es lo que te pide? A ver... Cien, doscientos, mmm... Ya está. ¿Viste qué fácil? Ahora... —Dirigí la mirada a la mesa, y después a ella—. ¿No tenés un sobre?

—¿Para qué?

—Para meter la plata y mandársela hoy mismo con el mensajero.

No parecía muy convencida, pero no la dejé reaccionar. Saqué un sobre del bolsillo, escribí con letras grandes JOVES y metí adentro la plata. Lo dejé sobre la mesa, apoyado en un vaso:

—Y ahora, para que veas que hablo en serio, vamos a comprar lo que habías pensado comprar con esos ahorros. Salvo que yo te lo voy a regalar. Quiero verte feliz, Indonesia.

Salimos. Fuimos en un colectivo, volvimos en un taxi, cargando un modernísimo horno de microondas. Al entrar de regreso lo primero que noté fue que el sobre había desaparecido. Apoyé la caja en la mesa y empecé a desempacar el horno mientras ella le hacía lugar en la mesada. Florencia nunca había tenido uno de esos hornos y yo tampoco. Pero todo el mundo decía que eran muy fáciles de usar, y además venía con un folleto de instrucciones, que me puse a leer.

—Esto te va a simplificar mucho las tareas. Es cuestión de acostumbrarse. Hay que tomar algunas precauciones nada más: no meter objetos metálicos, calcular el tiempo... Debe de tener un reloj... —Miré, y no tenía. Tenía una especie de teclado con iconos—. Ya veo, hay que programarlo. Cuando tengas un poco de práctica, vas a poder hacerlo con los ojos cerrados.

Ella quería probarlo enseguida: yo prefería estudiarlo un poco más. Me acordé de una anécdota que me habían contado, y me pareció oportuno recordársela.

—Una vez una señora quiso usarlo como secador de pelo. Se había lavado la cabeza y la metió, lo puso en marcha... Murió en el acto, en medio de las más terribles visiones: se cocinó los sesos, ¡y el pelo le quedó mojado!

—¿Pero cómo puede ser? —exclamó riéndose—. ¿No me estás tomando el pelo?

—Así es como actúa. Metés un vaso con leche, se calienta la leche, el vaso queda frío.

—¿En serio?

—Ahora vas a poder comprobarlo. Parece magia. Lo que pasa es que actúa con los átomos. Fricciona átomos. Creo que... lanza un chorro de átomos que separan los átomos de la comida...

—¡Ya sé con qué podemos probarlo!

Buscó adentro de un cajón y sacó un pan viejo.

—¡Perfecto! —exclamé—. Dámelo.

Lo examiné. Era un pan completamente petrificado, el objeto ideal con el que poner a prueba el dispositivo mágico. Para sacarle a la ocasión algo de su solemnidad nerviosa, le dije:

—No vas a creer que este aparato, con todo lo que tiene de milagro tecnológico, significa algo tan especial; en realidad no significa nada: tiene tan poca importancia como todo lo demás. No va a impedir que los seres humanos se mueran y la vida siga.

—¡Uf! Ponelo de una vez.

Lo metimos, en un platito.

—¿Destapado?

Consulté el manual y, como no encontré nada al respecto, improvisé:

—Da lo mismo.

Cerramos la puertita de vidrio. Miré la botonera. Ahora venía lo difícil. Pero, me dije, no podía ser tan difícil, si se suponía que lo usaban las amas de casa. Había que hacer una especie de ecuación entre el tipo de alimento y el resultado deseado, y el chip se encargaba de decidir el tiempo y la temperatura. Si me ponía a estudiar cómo hacerlo, no terminaba más. Y además, pensé, para un experimento daba lo mismo. Un experimento podía salir bien o mal, y no había otras alternativas. Así que apreté unos botones más o menos al azar, para ver qué pasaba.

Se echó a andar (con eso me daba por satisfecho): oímos un zumbido, y adentro se encendió la luz. Tratamos de espiar y nos pareció que el pan estaba girando.

Fue un minuto nada más, al cabo del cual sonó un fuerte «plin», y la luz se apagó. Ese fue el minuto decisivo. En ese minuto pasó todo. No podría decir qué pasó, y de todos modos lo que yo pueda decir no tiene ninguna importancia. En realidad, si puedo decir que pasó algo, es sólo a la luz de los hechos que siguieron. Con estos hechos a la vista, yo diría que el horno, por un grandísimo azar debido a la combinación casual de botones que determinó mi ignorancia, produjo una separación general de los átomos. ¿Es posible? Quién sabe. No puede decirse «cosas más raras han pasado», porque sinceramente no creo que hayan pasado. Pero entra en el campo de lo posible.

La separación había sido entre todos los átomos, no sólo los de adentro del horno sino los de afuera también: los de la casa, los del barrio, quizá más lejos. Quizá llegó a la otra Indonesia, la de verdad. Por el momento no se notó nada. La mesa, por ejemplo, deberíamos haberla visto más grande. O la silla, «por ejemplo», o el vaso, «por ejemplo». Pero sucedía que ya no había ejemplos, porque la afectada era la totalidad: no sólo nosotros, sino nuestra percepción, y el lapso de percepción, etcétera. Es decir que podríamos no haber sentido nada.

Pero lo sentimos. Mientras duró el zumbido, sentimos la separación. Y con el «plin» sentimos que todo había cambiado: el escenario, y la experiencia. Por lo menos esa fue la impresión que tuve: que ya había pasado todo. Ese apretujamiento habitual de los átomos, uno contra otro, era lo que impedía la acción (no la timidez, como yo había creído hasta entonces). Con la separación, se realizaban todas las posibilidades.

Antes de que pudiera empezar a ejercitarme en ese nuevo mundo se abrió la puerta y entró Joves. Era la primera vez que lo veía, y no me impresionó muy

favorablemente. Era bajito, delgado, con una cara vulgar. ¿Cómo había llegado tan rápido? No me sorprendió mucho. Pensé vagamente que ahora que los átomos estaban más «aireados» debía de haber menos resistencia en el espacio, y los lapsos se acortaban. A Florencia tampoco pareció sorprenderla esta velocidad. Lo que le preocupó fue explicar mi presencia en la casa.

—El señor... Es un señor...

La pobre no daba pie con bola. Me di cuenta de que si la mutación realmente había acelerado el tiempo o la sucesión de los hechos, entonces se había suprimido el lapso para planificarlos o ensayarlos. Quedábamos librados a la improvisación y la espontaneidad, y no estábamos preparados. La solución obvia era decir siempre la verdad, pero así, de pronto, in media res, era imposible. Nadie empieza a decir la verdad a partir de un punto cualquiera del argumento. Decidí tomar el toro por las astas. Si era necesario, yo iría tan rápido como los acontecimientos; si era posible, más rápido.

—Señor Joves —dije con autoridad—. Tengo que hablar con usted. Vine a proponerle que haga un pequeño trabajo para mí. Si no entendí mal lo que estuve conversando con su señora, usted está desocupado por el momento. Este asunto no va a llevarle más que muy poco tiempo, y se lo voy a pagar de inmediato. —Y, como si se me acabara de ocurrir, agregué—: Si está disponible, puede hacerlo hoy mismo.

Estaban llamando a la puerta. Joves y Florencia me miraban sin decir nada. Yo miré la puerta, que alguien volvió a golpear del lado de afuera. La distracción me venía bien, porque había empezado a preguntarme cómo sacar a Florencia de en medio. Ya que estaba, seguí al mando:

—Creo que podríamos hablar afuera —dije señalando la otra puerta, que a juzgar por lo que se veía por la ventana, daba a un patio—, mientras su señora atiende a las visitas.

Joves miró a Florencia, que miró la puerta, y después fue hacia ella. Yo lo tomé del brazo y salimos; cerré la puerta a nuestras espaldas en el momento en que Florencia abría la del frente. Estábamos en un patio chico, rodeado de paredes bajas de ladrillo, con ropa tendida de un cordel y un perro dormido en el piso de tierra.

—Mire, Joves, no se la voy a hacer larga porque los hechos se están precipitando. Necesito su colaboración para una broma de despedida de soltero. Lo único que tiene que hacer es secuestrar al novio y traerlo aquí, atado y vendado. Yo lo espero, y cuando venga le digo cómo sigue.

—¿Cuánto me va a pagar?

—Doscientos pesos.

—Es poco.

—¡Qué va a ser poco! ¡Es mucho!

—¿Y si se resiste?

—No se haga problemas por eso. De última, tendrá que darle una cachetada, no va a pasar de eso. Pero no creo que llegue a tanto. Es un viejo puto, que se va a cagar

en las patas no bien lo vea.

—¿Un viejo puto? ¿No me dijo que era el novio?

—Los putos también se casan.

No parecía muy convencido, pero de todos modos noté que no me estaba prestando mucha atención. Algo lo distraía. Caminó unos pasos por el patio, y yo tras él. Saqué un papel del bolsillo y le anoté la dirección de mi casa.

—Aquí es donde vive. Si va ya, lo va a encontrar en la cama, porque anoche..., le dimos una fiestita y se mamó.

—¿Cómo entro?

Le di las llaves.

—Esta es la de abajo, esta la del departamento. Átelo y véndelo, y méntalo en el baúl del auto, que está en el garage de la planta baja. En la cocina del departamento, colgada de un ganchito al lado de la puerta, están las llaves del auto, que es un Subaru blanco. Meta al viejo en el baúl y véngase para acá de inmediato. El portón del garage se abre con un control remoto que está en la guantera.

Se quedó mirando el vacío, con los ojos entrecerrados. Esa actitud suya me tenía bastante desconcertado.

—¿Entendió todo? —le dije. Dudaba que hubiera escuchado una palabra. Pero asintió con la cabeza. Seguía clavado en su sitio—. ¿Y? ¿Qué espera?

Levantó una mano para hacerme callar, y entonces me di cuenta de que estaba escuchando lo que pasaba dentro de la casa. Eso explicaba asimismo su desplazamiento: se había ubicado de modo de poder ver por la ventana. Cuando yo había creído que estaba mirando el vacío, espiaba el interior por encima de mi hombro. Miré yo también. Adentro estaba Florencia hablando con un hombre, los dos de pie.

—¿Quién es? —le pregunté a Joves.

Tardó un momento en responder.

—Mi... viejo.

Me sorprendió, porque me había parecido, a la distancia y al otro lado del reflejo solar del vidrio de la ventana, que el desconocido era un hombre más o menos de su misma edad.

—¿Su padre? ¿Vive cerca?

—No. Vive en Rosario. Hacía muchos años que no lo veía.

Era un inconveniente, pensé. Si iba a haber una reunión familiar, mi plan sufriría demoras.

—Escuche, Joves, puede ir a hacer lo que le dije y, cuando vuelva, su padre seguirá aquí. Yo puedo decirle que lo espere...

—¡No! —dijo con alarma. Estaba preocupado.

—Si quiere entre ahora a saludarlo, y le dice usted mismo que lo espere...

—No, no. Aunque... tarde o temprano tendré que hacerle frente. —Suspiró, y miró las llaves que tenía en la mano.

—Si su padre vino de Rosario a verlo, lo va a esperar la media hora que le lleve a usted ir y volver...

—No vino a verme a mí. No sabe que yo soy el marido. —Debió de ver mi perplejidad, porque se explicó—: Vino a ver a Florencia. Ya hace tiempo que venía anunciándolo. Él fue su primer marido.

Yo seguía sin entender nada, ahora menos que antes. Las posibilidades se me mezclaban en la cabeza.

—Pero entonces —tartamudeé—, usted es hijo... —¡No podía ser! ¡No podía ser a la vez el marido y el hijo de Florencia! Y en efecto, no era.

—Soy hijo de él, pero de otro matrimonio. —Empecé a hacerme otra explicación más plausible: era hijo de un primer matrimonio de él, que después se había casado con Florencia y después se había casado por tercera vez en Rosario. Pero no era así: lo plausible ya no tenía curso—. Yo nací de su segundo matrimonio, en Rosario: de grande me vine a Buenos Aires, conocí a la exesposa de mi padre, nos enamoramos...

Todos los cálculos que podía hacer daban equivocados. Los años no coincidían ni en broma. Y supe que no valía la pena preguntar, porque iba a ser peor. La única explicación era el estado alterado del mundo por acción del microondas. El tiempo había dejado de funcionar dentro de sus plazos normales y se precipitaba todo junto en una escena común. Me di cuenta de que yo mismo había venido pensando según ese supuesto: si no, ¿por qué lo mandaba a Joves a efectuar el secuestro, si hasta ayer la solicitud del crédito no se había redactado siquiera? Yo ya había empezado a actuar aceptando que todo sucedía al mismo tiempo.

Joves se fue a cumplir su misión; salió por el costado, sin entrar en la casa; postergaba el encuentro con el padre y el consiguiente reconocimiento. No lo culpé por esta cobardía, porque yo habría hecho lo mismo; además, en las actuales circunstancias (ahora todo era actual) daba lo mismo, antes o después. Por mi parte, entré. ¡Qué me importaba! Debía apurar el curso de los hechos, si era posible apurarlos más, ya que todo se terminaría en cualquier momento, si no estaba terminándose ya, si ya no había terminado.

Mi presencia interrumpió una conversación bastante apasionada.

—Buen día —dije.

El sujeto se adelantó a darme la mano presentándose:

—Horacio Suárez, un gusto. Tenía muchas ganas de conocerlo.

—Mm.

Creía que yo era el marido de Florencia. Ella abrió la boca para desengañarlo, pero no dijo nada. Yo tampoco. Ella se ofreció a hacer café, y nosotros nos sentamos a la mesa.

—Tengo entendido —dije con soltura—, que usted vive en Rosario.

—Sí, he formado una familia allá, y no me falta trabajo.

—¿Sí? ¿Trabaja? ¿De qué?

—Reparación de heladeras.

¡Qué poco teníamos que decirnos! Quizá sobre las conversaciones también estaba actuando la alteración atómica. Quizá ya no había nada que decir, porque la realidad había cambiado de nivel dentro del discurso. Abrí varias veces la boca en unos pocos segundos y otras tantas la volví a cerrar sin decir nada. Dentro de la realidad, no había nada que decir. Este hombre, Suárez, había venido de la lejana Rosario, para recuperar a Florencia. Ella había sido su primer amor, y probablemente desde hacía tiempo venía acariciando la idea de volver a ella, y a su juventud; el trauma atómico lo había traído de pronto, saltándose todas las dudas y escrúpulos; podía confiar en el éxito del salto, ya que todo lo demás saltaba con él; y sin embargo, no le sería tan fácil salirse con la suya porque había un elemento extraño interpuesto en las ruedas del mecanismo: yo. Lo lamenté un poco por él; por una vez que se abrían los horizontes de su vida limitada de obrero ignorante, y podía hollar la tierra de libertad de sus sueños, tenía que aparecer un enemigo poderoso con todos los ases en la mano. Pero no era hora de compadecerse; no había tiempo.

Me di vuelta hacia Florencia y le dije:

—Tendríamos que ir a ver si ya llegaron los micrófonos. —Y a Suárez—: Estamos colaborando en la organización de un concierto de *rock* al aire libre que va a haber esta noche. Somos de la comisión barrial. —Me levanté—. ¿Nos disculpa un momento? Enseguida volvemos, espérenos aquí. Tenemos que estar atentos porque aquí se roban todo. Vamos, Flora.

La tomé del brazo y salimos. No bien cerré la puerta me dijo:

—¿Qué concierto? ¿Adónde me llevás?

—Dije cualquier cosa para sacarte de ahí. Tenía que hablarte. ¿Qué quiere ese tipo? ¿A qué vino?

—Quiere que vuelva con él.

—Qué iluso, ¿no?

Habíamos cruzado la calle y caminamos unos metros hasta el zaguán de una casa vieja.

—Vení, metámonos aquí que tengo que hacer un llamado.

La hice entrar y me quedé en el umbral, semiescondido, vigilando la calle y la casa de ella. Saqué el celular del bolsillo y marqué el número del Ingeniero. Atendió la secretaria, y le di el mensaje a ella. Eso tranquilizaría al Ingeniero, ya que le daba un testigo para probar que la plata se le había ido en el pago de un rescate.

—Hablan los secuestradores —dije—. Dígale al Ingeniero que tenemos a su hermano. Que traiga la plata a Rafael Pérez 1834 ya mismo, o lo matamos. Y ojo con llamar a la policía.

Colgué. Marqué el número de la policía.

—Habla el Ingeniero Caruzzo. Unos secuestradores tienen a mi hermano y me piden que pague un rescate en Rafael Pérez 1834. Son peligrosos, están armados.

Colgué y le dije a Florencia:

—¿Qué te parece? Dentro de un momento se van a estar matando entre ellos, y nosotros vamos a ser ricos y libres.

—¿No será peligroso?

No me había equivocado con ella. Era tan criminal como yo. Sólo le importaba sobrevivir.

—No para nosotros —le dije—. Vamos a verlo todo como en el cine. Desde aquí tenemos una buena vista.

Y en efecto, la teníamos. El barrio, miniaturizado como un juguete, se abría en su claro silencio de imagen tridimensional. Allí sucedía, siempre igual, generación tras generación, la vida de todos esos seres pobres y sin esperanzas, que sin embargo se agitaban y conspiraban como si realmente tuvieran algo que esperar del destino. Eran vidas sin perspectivas... O lo habían sido hasta ahora. De pronto un pequeño accidente en una de esas casitas provocaba un cambio, y las perspectivas se abrían. Recordé esas advertencias, ya añejas, sobre los peligros de «jugar con los átomos». Pero no me sentía responsable. Era como si el cambio hubiera estado latente, en la configuración general de hechos, y la más pequeña (realmente la más pequeña) alteración lo desencadenara en toda su magnitud épica.

En la actualidad ya no tiene sentido decir «hoy puede ser un gran día para la ciencia», porque cualquier día puede serlo, tan impredecible es el comportamiento de las partículas de universo que hemos puesto en juego. Quizás ha llegado el momento de ver los «grandes días para la ciencia» *a posteriori*, a la puesta y no a la salida del sol.

¿Pero se trataba del mundo o de una parte del mundo? ¿Lo que estaba sucediendo en este rincón perdido de una gran ciudad podía afectar al resto del universo? Parecía un poco extraño que un suceso, aunque fuera un suceso atómico, que tuviera lugar en una calle de obreros y empleadas domésticas, fuera a repercutir o extenderse a los barrios ricos, a los bancos y corporaciones, a países exóticos y ciudades de mármol. La definición del acontecimiento me vino en una iluminación «el proletariado expandido». ¡Era eso!

¿Pero cómo podía ser una expansión, si su síntoma más visible era una contracción del tiempo? Bueno, precisamente, si el tiempo se contraía era para que pasaran al fin las cosas que nunca habían podido pasar en esas vidas a las que nunca les llegaba la hora. Y esto aclaraba a su vez la aporía de la parte y el todo: para el proletariado, su pequeño universo sin puertas ni ventanas era todo el universo. Además, hay muchos que sin ser proletarios sufren la misma escasez de realidad: yo era un caso, y seguramente era por eso que estaba donde estaba, en el zaguán, en el puesto de vigía y descubridor del Nuevo Mundo expandido.

Muchas veces me había preguntado qué era necesario para recuperar las ganas de vivir. No había necesitado responder a esa pregunta. Había sucedido. La aventura me había arrastrado como un viento de fábula al corazón de la realidad. Me había traído al lado de Florencia. Y a ella la había puesto también a mi lado, allí en el zaguán,

esperando. Comprendí que ahora nos íbamos a amar más que antes; aunque todavía no sabía por qué. La mujer montaña. Mi bailarina de la intimidad más secreta. ¡Qué poco había necesitado de ella! Una pequeña sonrisa, nada más.

Ese concierto de *rock* que yo había inventado como excusa... Mintiendo había dicho la verdad. Le daríamos, Florencia y yo, a esta gente humilde e ignorante, una música con la que elevarse a lo desconocido. Y si esto significaba la extinción del proletariado, lo que había que preguntarse, como en todas las extinciones, no era qué cataclismo había provocado la muerte, sino cuál fue el placer por el que valió la pena morir.

Estas reflexiones me habían impedido registrar la presencia del Subaru en la calle, viniendo desde la esquina. Ahora lo miré. Joves iba al volante. En el baúl, atado y amordazado si Joves había hecho bien las cosas, debía de estar Aldo.

—Ahí está —le dije a Florencia, que se asomó a mirar.

El auto tenía que recorrer los treinta o cuarenta metros que había entre la esquina y la casa; antes pasaría frente al zaguán donde estábamos escondidos. Tardé un minuto o dos en notar la velocidad a la que avanzaba, que era ultralenta. Era casi como la aguja de un reloj, un movimiento imperceptible que sólo se hacía visible en la posición relativa figura-fondo. En otras circunstancias me habría asombrado que un auto pudiera sostener con regularidad un avance tan lento. Ahora no me asombraba nada. El barrio proletario se había vuelto un parque de diversiones mágico.

Deberían haber pasado muchos minutos para que llegaran. También pudo ser instantáneo. Yo no tenía modo de calcular mis lapsos de distracción. Lo cual me recordó que debía ponerme en marcha. Todos mis nervios se tensaron antes de ver que un segundo auto había alcanzado al primero. Era otro Subaru, idéntico: el mismo modelo, el mismo color. La única diferencia era que al volante del segundo iba el Ingeniero. Iban lado a lado ocupando todo el ancho de la calle, los paragolpes delanteros de plástico en una misma línea, como en el final de una carrera muy reñida, impresión que hacía contraste con la velocidad de caracol. En realidad parecían fijos, y se diría que era el paisaje el que circulaba hacia atrás con una majestuosa lentitud de firmamento estrellado.

Me lancé a la carrera, encorvado, entrecerrando los ojos. Sentí el aire fluyendo atronadoramente alrededor de mi cabeza. Fui hacia el auto del Ingeniero, ya detenido frente a la casita de Florencia; el Ingeniero estaba bajando, pero le hice señas urgentes señalando el baúl; volvió a sentarse, sin cerrar la puerta, y tiró de una palanca: la tapa del baúl saltó hacia arriba en el momento en que yo llegaba. Me incliné, y cuál no sería mi sorpresa al ver que adentro estaba el cadáver de Aldo, acribillado y cubierto de sangre. Vacilé apenas una fracción de segundo. Di un salto de costado ya estirando los brazos hacia el interior del baúl del otro auto (la tapa se había abierto sola), donde efectivamente estaba el maletín negro. Antes de alzarlo lo abrí: estaba lleno de fajos de billetes de cien dólares. Lo cerré, lo tomé por la manija

y me volví, agachándome. De ese auto ya salía Joves corría hacia la casa. Las balas zumbaban en todas direcciones. Los policías habían atravesado varios patrulleros en las dos esquinas para cortar el tránsito, y disparaban parapetados tras ellos. Un proyectil alcanzó al Ingeniero en medio del pecho. Se derrumbó, pero no me quedé para verlo tocar el piso. Cerré los ojos, metí la cabeza dentro de los hombros, y corrí en línea recta hacia el zaguán.

Llegué ileso, por milagro. Para entrar tuve que darle un empujón a Florencia, que en su curiosidad por el espectáculo no pensó en hacerse a un lado. Rodamos por el piso, y junto con nosotros el maletín, que se abrió derramando su contenido millonario.

—¡Pero serás torpe, pedazo de vaca!

—¡Bruto! ¡Energúmeno!

Al fin nos reímos.

—Juntá esa plata —le dije—. Vamos a tener que salir por el fondo, y rápido.

En cuatro patas fui al umbral y me asomé a mirar. Me alegré de que Florencia no viera lo que estaba pasando. Suárez y Joves, padre e hijo, estaban en la puerta de la casita, sosteniendo entre los dos el horno de microondas: lo apuntaban contra la esquina más cercana, y del aparato salía un rayo torcido de partículas rojas que hacía saltar por el aire los cuerpos carbonizados de los policías. Era un arma formidable, pero muy incómoda de usar, sobre todo entre dos. Un movimiento mal coordinado y se les cayó. Se desarmó a sus pies, y los envolvió en una gran llamarada de átomos. Se disolvieron. Las balas los atravesaron sin detenerse.

—¡Ya está! —me gritaba Florencia cerrando otra vez el maletín.

Nos precipitamos hacia la cancel. Por suerte no estaba con llave. Atravesamos la casa, sin fijarnos mucho en sus ocupantes aterrorizados, salimos al patio trasero, saltamos una tapia, corrimos por un largo pasillo y salimos a una callecita tranquila.

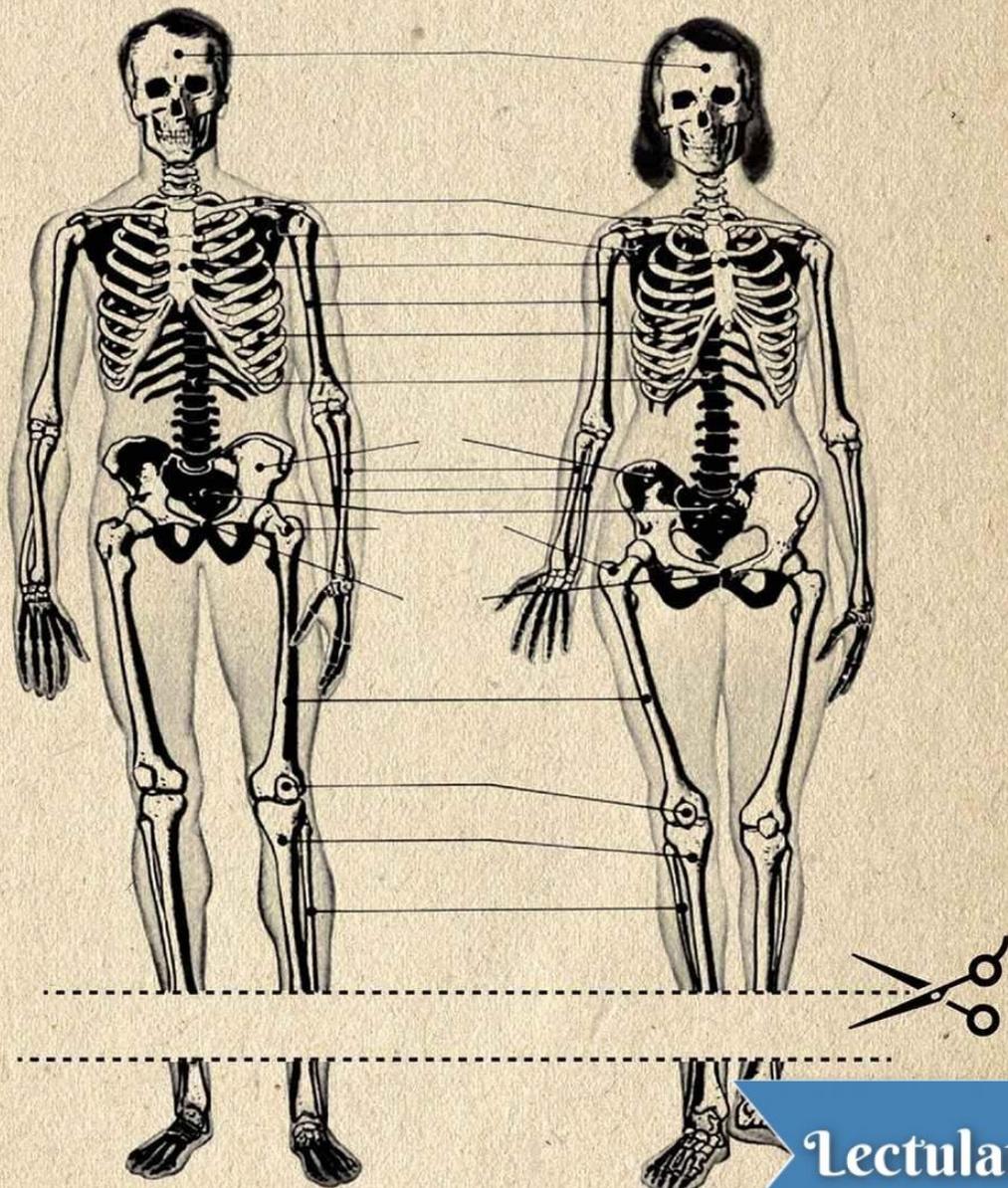
15 de abril de 1999



CÉSAR AIRA. Nació en Coronel Pringles en 1949, y desde 1967 reside en Buenos Aires, donde estudió Derecho y Letras. Desde 1970 se dedica a la traducción, donde es muy bien considerado, y comenzó a publicar sus propios textos en 1975. Colabora con ensayos y crítica literaria en varios periódicos y revistas y ha sido traducido a varios idiomas. Es autor de novelas cortas, relatos, obras de teatro y ensayo, y se caracteriza por su estilo muy personal, original y de tipo experimental. A lo largo de su carrera ha recibido numerosos premios y galardones, como el Konex a las Letras, y ayudas a la creación, como una beca Guggenheim en 1996. De entre su obra habría que destacar títulos como *Cómo me hice monja*, *La cena*, *El tilo* o *Los misterios de Rosario*, entre otros, ya que Aira es un prolífico y variopinto escritor.

CÉSAR AIRA

Un sueño
realizado



Lectulandia

